EMILIO G. DEL CASTILLO y JOSE PEREZ LOPEZ

El hombre de la montaña

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa

ESCRITO SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA EXTRANJERA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1918

EL HOMBRE DE LA MONTAÑA

EL HOMBRE DE LA MONTAÑA

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa

escrito sobre el pensamiento de una obra extranjera

POR

EMILIO G. DEL CASTILLO y JOSE PEREZ LOPEZ

Estrenado en el Teatro Infanta Isabel de Madrid, el día 4 de Marzo de 1918

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.°

TELÉFONO, NÚMERO 551

1918

Al popularísimo empresario

Arturo Serrano.

Cariñoso recuerdo de sus buenos amigos,

Emilio G. del Castillo,

José Pérez López.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
BOBETTE	María Luisa Moneró.
DOÑA CÁNDIDA	Rafaela Lasheras.
CECILIA	Magdalena Abrines.
ELENA	Carmen Cachet.
ROSALÍA	Concepción Bermejo.
LÁZARO PICACHO	Rafael Ramírez.
FILIBERTO CAÑEDA	Francisco Alarcón.
CARLOS LAFORGA	Alejandro Maximino.
OTTO	Víctor Codina.
RIP	Antonio del Pino.
OREJÓN	Enrique Leyva.
CABEZA	Antonio Estévez.
VELILLA	Enrique Navas.
FRITZ VON BARDIN	Pedro González.
GÓMEZ CAMALEÓN	José del Portillo.
RUFO FALSET	Alejandro Aláiz.
UN CAMARERO	Pedro González.
MAITRE D'HOTEL	José del Portillo.

Dos guías suizos, que no hablan

La acción del primer acto, en Madrid; la del segundo y tercero, en Interlaken (Suiza).—Epoca actual

Lados, los del actor

Para esta obra pintó una lindísima decoración el escenógrafo señor Mignoni.



ACTO PRIMERO

Decoración: Gabinete-despacho en casa de Lázaro, en Madrid. Una puerta al foro, dos a la derecha, otra en primer término izquierda y en segundo término un mirador con puertas practicables. En el ángulo de la derecha, una mesa de despacho con un trozo da roca que sirve de pisapapeles, aparato telefónico y demás objetos propios. En la pared, hacia el foro derecha, una panoplia con «alpenstocks», picos y cuerdas de alpinismo. Al foro izquierda, un mueblecito con un jarrón lleno de flores. Cuadros con panoramas alpinos. Por la mitad izquierda del escenario un «canapé». Sobre una silla, una figurita pequeña de un borriquito de china. La decoración y muebles de tonos claros. Es por la mañana, en primavera.

ESCENA PRIMERA

DOÑA CANDIDA y ELENA. Al levantarse el telón, la primera está hablando en el teléfono. Elena colocando las flores en el jarroncito. Pausa. Timbre telefónico

Cánd. Central... ¿Es con el 30-40?... Bien... ¿La pastelería?... Sí... Estamos esperando la tarta monumental que encargué para el cumpleaños de mi marido... Sí, señor; soy yo... Cándida Cañeda de Picacho, el gran Picacho. Aguarde, que va a hablar mi hija.

Elena (Se pone al aparato.) ¿Que quiere usted ver si está todo? Le voy a leer la nota. (Leyendo en un papel que coge de la mesa.) La tarta representa la montaña llamada La Jungfrau, de Interlaken (Suiza).

Cánd. Déjame. (Poniéndose al teléfono.) La nieve, imitada en chantilly... Muy bien... En la cús-

pide, una figurita de alpinista... Esa figura es mi marido... ¡Claro!... En el mismo sitio donde suelen poner un San José, una rosa, un estandarte o un pendoncillo... Eso es; en lugar del pendoncillo mi marido... ¿Cómo?... (A Elena.) Ponte tú, que no oigo bien.

Elena (Se pone al aparato.) ¿Cómo?... (A doña Cándida.) Pregunta, si la figura de papá, el gran alpinista, la hace de caramelo.

Cánd. ¡No! Dile que lo que más le gusta es el chocolate.

Elena (Al teléfono.) Dice mamá, que a papá en chocolate... que hará más serio.

Cánd. ¡Va a estar precioso! Lo que se va a alegrar Filiberto, mi hermano, con lo alpino que es.

Elena (Al teléfono.) ¿Qué dice?... ¡Ah, sí! Los dos guías, Otto y Rip...

Cánd. Trae. (Se pone al aparato y habla.) A esas dos figuras de los guías, que le acompañaron siempre en sus peligrosas excursiones, pónganles un color bonito... No está mal. A los guías los pone usted verdes... Sí... Debajo, en letras de azúcar cande, esta inscripción: «Al atrevido alpinista Lázaro Picacho, cariñoso recuerdo de su amante esposa, cuñado, hijas y demás familia, en su quincuagésimo aniversario»... ¿Cómo?... ¿Que está el azúcar carísimo y va a subir un capital?

Elena Puede acortarse. Déjame a mí. (Al teléfono.) Pongan: al atrevido a. L. P., r. de su e. en el q. de su a.»

Cánd. No. Déjame, que eso parece chino. (Al teléfono.) Todo el letrero, cueste lo que cueste. Mándelo pronto. Gracias. (Deja el teléfono.)

Elena Va a estar divino.

Cánd. ¡Con lo que a tu padre le entusiasma! ¡En cuanto se vea en chocolate, se relame de gusto!

ESCENA II

DICHAS y CECILIA. Viste traje de «tennis»; trae en la mano una raqueta que deja sobre un mueble. Es desenvuelta, sin exageración. Entra alegremente

Cec. ¡Ay, mamaíta, que contenta estoy! (Un beso a doña Cándida.) ¡Hola, rica! (Otro a Elena.)

Cánd. ¿Te has divertido en el *tennis*?

Cec. ¡Una gran victoria!

Elena ¿Sí?

Cec. El *referee* me ha felicitado. Los *partners* que jugaban conmigo me han dado *hurras*, *¡hips!*, *¡hips!* y *sakhe hands*. ¡Qué *play* de *doubles!* Hicimos diez *scores* sin un *lob* ni tocar en la *net*. Yo he dado un bote pronto o media bolea tan hermosa, que el *manager* y el *umpire* me han dicho que soy la *striker-out* mejor de España.

Cánd. No es que te entienda ni jota; pero comprendo que has ganado. ¡Hija de tu padre al fin! Serás célebre como él. Saldrás en los periódicos... ¡Ah! ¡Mi sueño! ¡La popularidad! ¡La gloria! Sin eso, ¿qué valen fortuna y bienestar?

Elena ¿De modo que ganarás el partido de mañana?

Cec. Creo que sí. Tengo una *performance* superior a la de todas la *ladie's*, y en la bolea directa soy un asombro. Voy a desnudarme.

Cánd. Mira, llévate la raqueta. Ya te la dejabas aquí, y sabes que no me gusta nada desordenado. A propósito, ¿habéis visto el borriquito de china de la sala? (Buscando.) Lo he traído para pegarle una oreja y no sé dónde lo he puesto.

(Timbre dentro.)

Elena Llaman.

Cec. Será Carlitos, que, como siempre, se pondra pesadísimo.. Voy a cambiarme de traje.

Cánd. Deberías recibirle. Es tan buen muchacho...

Cec. No digas, mamá. Carlos es de esos hombres que no han hecho nada notable; una de esas personas sin importancia, que cuando se las encuentra uno le hacen exclamar...

Cánd. ¡Hombre, ya está aquí el borriquito éste! ¿Ves? Ahora le pego la orejita y queda listo. (Esto lo dice al encontrar la figurita de un borriquito sobre un mueble.)

Cec. Vuelvo en seguida. (Mutis por primer término derecha.)

Cánd. (A Elena.) Ponte seria para recibirle.

Elena Descuida. No le haremos caso. Como si no entrase nadie.

ESCENA III

DOÑA CANDIDA, ELENA y CARLOS. Carlos trae un gran ramo de flores en la mano. Es gordo, mofletudo

Car. (Entra circunspecto. Queda en el dintel. Tose.) ¡Ejem! ¡Ejem! (Aparte.) No me han advertido. (Vuelve a toser alto.) ¡Ejem!... ¡Ejem!... (Aparte.) Nada, que no se vuelven aunque venga uno con catarro bronquial. (Alto, a doña Cándida, que no contesta.) Beso sus piés, señora... ¿Cómo está usted, Elenita?

Elena (Con sequedad.) Bien, gracias, Carlos. (Breve pausa.)

Car. Vaya, vaya... ¿Y Picacho?

Cánd. (Severa.) Habrá usted querido decir el ilustre alpinista don Lázaro Picacho, gloria española.

Car. (Confuso.) Sí, señora. Yo...

Cánd. Está bien, a Dios gracias.

Car. (Tímidamente.) ¿Y Cecilia?

Cánd. (Como si no le oyese. A Elena.) ¿Llueve hoy?

Car. (A Elena, con cortedad.) ¿Y su hermana?

Elena (Igual que doña Cándida.) El barómetro ha bajado. Así es que ha de cambiar el tiempo.

Car. (Con aire desolado al ver aquel hielo.) Pues.... vengo muy alegre... Muy contentísimo... Hoy ascendí...

Cánd. (Con interés,) ¿Usted? ¿Cuántos metros? ¿Ha sido en el Guadarrama?

Car. No. Digo que ascendí en mi empleo. Tengo cinco mil pesetas, y venía a decírselo a su... a la... a...

Cánd. ¿Elena, quieres traerme...

Elena Sí, mamá. (Mutis por primer término derecha, después de dejar paso a Cecilia.)

ESCENA IV

DOÑA CANDIDA, CARLOS y CECILIA

Cec. (Saliendo, sin ver a Carlos.) ¿Se fué ya ese pesado de... (Turbada al reparar en él.) ¡Ah!... Buenos días...

Car. Cecilia... Yo venía loco de ilusión a ofrecer a usted estas flores como...

Cec. (Toma displicente el ramo y lo coloca en un jarrón.) Ya sabe usted que las flores no me ilusionan. Prefiero algo más nuevo, más original.

Car. Cecilia... Hoy vengo decidido a hablar a usted en serio. Mi familia ve con simpatía nuestra boda, y yo la deseo ardientemente.

Cec. Carlos, debo a usted una leal sinceridad. Le tengo afección; pero de ahí a entregar mi mano a un hombre que no ha hecho nada que salga de lo corriente, media un abismo. Yo no puedo ser la señora de un jefe de Negociado. Me moriría de tedio.

Car. ¿Y qué hago yo? Mi carrera de abogado no se presta al heroísmo. Si fuera torero, militar...

Cec. Haga usted algún acto de valor que le convierta en hombre célebre.

Car. ¿Un acto de valor? Como no sea viajar por la línea del Norte...

Cánd. Hable usted con mi marido. El le dirá el modo de elevarse sobre los demás, grabando su nombre con letras de oro en el libro de los inmortales.

Cec. Eso es. Si usted me quiere de veras, pruébemelo con un sacrificio.

Car. Pero, ¿cómo he de distinguirme?

Cec. ¿Qué sé yo? Cruce usted el mar en aeroplano; invente otra rata mecánica; realice usted, en fin, algo que no haga nadie en el mundo; por ejemplo: devolver los libros que le presten, ceder su asiento en los tranvías a las señoras o hablar bien de Romanones. En suma, mi padre viene. Dejo a usted con él.

Car. (Suplicante.) ¡Cecilia, por favor!

Cec. (Altiva.) Ya lo sabe usted, Carlos. (Mutis por primer término derecha.)

Cánd. (En la puerta para hacer mutis detrás de su hija.) Mi hija puede amar a un hombre heroico; pero desdeñaría, como su madre, a un ser vulgar. (Mutis.)

Car. (Con cómico desconsuelo.) ¡Que me traten así después de seis años de carrera y de traer por espacio de tres un ramo de flores diario!... ¡Regale usted a una señorita media huerta valenciana para esto!

ESCENA V

CARLOS y LAZARO. El segundo entra por primer término izquierda canturreando «sube, Mariana, sube»...

Láz. Hola, Carlitos. ¿Cómo va?

Car. (Muy triste.) ¡Ay, don Lázaro! Muy mal, gracias. ¿Y usted?

Láz. ¿Cómo mal?

Car. Sí, señor. Cecilia acaba de darme calabazas por vigésima vez. Ha logrado batir el *record* de los profesores de la Universidad que me dieron diez y nueve. Créame usted, señor Picacho, desde los tiempos de don Enrique el Doliente no ha habido un ser más desdichado que yo.

Láz. ¡Vaya con Carlitos! No se me amilane, hombre.

Car. Muchas veces pensé en el suicidio; pero desistí. Sólo, en esta vida, es una ridiculez que me mate, porque, ¿a quién le doy un disgusto con mi muerte?

Láz. Pero vamos a ver. ¿Por qué le rechaza mi hija?

Car. Por usted.

Láz. ¿Por mí?

Car. Sí, señor. Usted es célebre; usted es el insigne Picacho, el gran alpinista; mientras que yo no tengo más títulos que los de la Deuda.

Láz. ¿Y le parecen pocos títulos?

Car. Cecilia tiene la tontería de todas las muchachas: quiere un marido que se le asemeje a usted.

Láz. (Molesto.) ¡Oiga! ¡Que yo no soy ninguna tontería!

Car. Hace tres años hubiera podido imitarle. Era usted un honrado comerciante de tejidos en la calle de Postas, y todo se reducía a tomar una tienda en traspaso. Nada hacía entonces prever esa tardía vocación de alpiniata que le ha hecho célebre. Pero fué usted a Suiza hará dos años y desde aquella fecha...

Láz. Desde aquella fecha es usted un primo... y perdone el parentesco espiritual.

Car. ¿Primo yo? ¿Pues qué debo hacer?

Láz. Lo que yo hago.

Car. (Aterrado ante la idea.) ¿Trepar por las empinadas rocas? ¿Subir a los montes cubiertos de nieve? ¡Imposible! A mí me enseña usted un paisaje de Suiza y me pongo a temblar.

Láz. ¡Ah! ¿Sí? Pues yo me acerco a un mantecado y me constipo.

Car. (Muy triste, con lágrimas en la voz.) ¡Sí, sí! ¡Búrlese usted, después de haber hecho la infelicidad de un hombre, de haber desgarrado una vida, de haber emponzoñado un ideal!

Láz. (Solemne.) Carlitos: si me jura usted no seguir diciendo cursilerías y callar como un mausoleo lo que voy a decirle, le hago a usted feliz.

Car. (Contentísimo.) ¡Don Lázaro! ¡Le prometo, después de oir lo que me diga, ser un pozo artesiano!

Láz. Pues bien: para conquistar el cariño y la admiración de Cecilia, snbirá usted a las montañas, pero como yo lo hice hasta aquí, que es la manera mas cómoda.

Car. ¿De qué manera?

Láz. Con la imaginación.

Car. (Asombrado.) ¿Eh?

Láz. Se cansa uno menos.

Car. ¿De modo que ha estado usted riéndose de medio mundo?

Láz. Y pienso seguir hasta reirme del otro medio.

Car. ¿No ha subido usted nunca a las montañas?

Láz. Sí. He subido... en funicular. El panorama resulta de ese modo más espléndido.

Car. Pero, si es imposible. ¿Y las cartas conmovedoras que enviaba usted a doña Cándida y a su cuñado el señor Cañeda? Cuando llegaban las leíamos aquí con lágrimas en los ojos.

Láz. ¿Ve usted? Pues esas cartas las copiaba yo de un libro acabado de publicarse, y que relataba excursiones alpinas en forma epistolar.

Car. Me da ueted vértigos. (Cayendo sobre el canapé.)

Láz. Desde la altura en que está no hay riesgo alguno.

Car. ¿De modo que lo de «ilustre alpinista»?...

Láz. Una hermosa quimera.

Car. ¿Y lo del «heroico don Lázaro Picacho»?

Láz. Una bella mentira.

Car. ¿Y qué se propone usted con eso?

Láz. Que en mi casa me admiren; que mi hermano político, que es un chiflado por las excursiones de montaña, trabaje solo en la tienda de telas que tenemos los dos mientras yo me divierto, y que el día que muera nos deje, o deje a mis hijas, su cuantiosa fortuna. ¿Le parece a usted poco?

Car. Y no haciendo excursiones, ¿no le aburre a usted pasarse todos los años cuatro meses en Suiza?

Láz. Me divierte bastante la amistad de una joven artista francesa a quien hice el amor con otro truco que es infalible.

Car. ¿Cuál?

Láz. El de fingirme empresario de un teatro de Madrid. Lo he sido sucesivamente de Lara, de Apolo, de Chantecler... y del Teatro Real.

Car. ¿Y todas esas mentiras?...

Láz. Tienen el premio que el mundo concede por igual a la virtud y al vicio, porque si no, no habría equidad. Mi mujer me adora, mi cuñado cree en mí como en un oráculo, mis hijas me veneran, mi cocinera me admira, mis amigos me tienen envidia y mis enemigos se encargan de mi popularidad hablando mal de mí. Es cuanto se necesita en el mundo para ser dichoso.

ESCENA VI

DICHOS, DOÑA CANDIDA, CECILIA y ELENA. Entra primero doña Cándida seguida de sus hijas, que traen cada una un paquete en la mano

Láz. ¡Silencio, mi mujer!

Cánd. ¡Lázaro, esposo mío! Déjame una vez más repetir a la faz del universo que estoy orgullosa de tu valor y del heroísmo que te arrastra a jugarte la vida por la gloria.

Láz. (Aparte, a Carlos.) Habrá usted visto que el señor de La Rochefoucauld, al lado de mi mujer, se queda el pobre en mantillas.

Car. (Aparte, a Lázaro, sin poder contener la risa.) ¡Qué engañada la tiene usted!

Cánd. Déjame que hoy te felicite en tu quincuagésimo aniversario.

Láz. (Simulando que está emocionadísimo y que apenas puede hablar.) Te juro, Cándida, que en mis más pelirgosas excursiones no temblé. Pero ahora... al verte... ¡Ah, Cándida!... Estoy deseando volver a Suiza para emprender de nuevo mis excursiones que tanto te agradan... y seguir... ¡No puedo! ¡No puedo seguir!... ¡La emoción!...

Elena (Dándole a su padre un alpenstock.) Papá, acepta este recuerdo. Un alpenstock para tus excursiones. Yo misma hice la inscripción al pirograbado.

Láz. (Aparte a Carlos.) Es el número treinta y cinco de los que me regalan.

Car. Va usted a tener que abrir una tienda.

Cec. Pues yo he querido traerte algo útil: un par de zapatos fuertes para excursiones.

Láz. (Desenvuelve el paquete que le entrega Cecilia, y al ver los zapatos dice.) ¿Y se ponen esto para subir a las montañas? Pero, hija, si con estos zapatos no hay quien levante el pie del suelo.

Cec. Los he mandado hacer igual que tú los describes en la carta décima quinta.

Láz. ¡Ah, sí!... Es verdad... Tienes razón... ¿Sabéis? Allí... Como el aire es más puro, parece todo más ligero... más... (Aparte.) Son unos zapatitos como para tomar un pedicuro a sueldo.

Car. (Riéndose.) Con esos no andará en Suiza en malos pasos. (Lázaro, al notar que se burla, deja caer sobre un pie de Carlos uno de los zapatos.) ¡Ah!

Láz. Perdón... Distraído...

Car. No hay de qué.

Cánd. Y ahora me toca a mí. He querido ser la última, porque te reservo una sorpresa.

Láz. (Aparte a Carlos.) Tiemblo a las sorpresas de mi mujer.

Cánd. Es algo que no esperas; algo que va a conmoverte, llenándote de emoción. Va a ser para ti un golpe...

Láz. (Aparte.) ¿Dónde me lo dará?

Cánd. (Solemne.) ¡Lázaro, vas a ser padre otra vez!

Láz. (Asombrado.) ¿Tú?... ¿Pero estás loca?

Cánd. Y vas a serlo gracias a tus excursiones a Suiza.

Láz. ¿Pero qué dices? (Aparte.) ¿Sospechará algo?

Cánd. (Entregándole un libro de color rojo, que saca de su bolsillo con la majestad de una emperatriz.) ¡Toma!

Láz. ¿A ver?... (Aparte.) Me tranquilizo. (Se lo guarda.)

Cánd. Es un libro sobre los Alpes.

Láz. ¡Ah! ¿Sí? Te agradezco la intención. Ya sabes lo que a mí me gustan las nieves. (Da un abrazo a Cándida.)

Elena ¿Pero no lo miras, papá?

Láz. Hay tiempo de todo, niña. Además, que para mí los Alpes son como para ti la Carrera de San Jerónimo.

Cec. Pero debes leer el título.

Láz. Ah, bueno. ¿El título?... (Leyendo.) «El vértigo.» (Burlón.) ¡Hombre, precioso título!

Cec. Sigue leyendo, sigue.

Láz. (Leyendo.) «El vértigo. Relato de treinta excursiones de un alpinista... encuadernado en tela.» ¡Jajay!... Un alpinista encuadernado en tela. ¡Muy gracioso!

Cánd. Pero lee, lee el autor.

Láz. Algún majadero. (Leyendo.) «Escrito por La... por La...» ¿Cómo? ¿Pero qué dice aquí?

Cánd. Pero, hombre, ¿no sabes leer? Escrito por ti, por Lázaro Picacho. Por eso te decía que ibas a ser padre.

Laz. ¿Qué? ¿Pero cuándo he escrito yo esto que no me he enterado?

Car. (Aparte, volviéndose para reirse.) ¡Toma excursiones!

Cánd. (Radiante.) Son tus cartas, tus hermosas cartas, que he coleccionado en un volumen.

Láz. ¿Mis cartas? ¿Tú? ¿El volumen? (Aparte.) ¡Me ha matado esta mujer con el volumen! Yo que las copié del libro de aquel catalán... (Alto.) Oye, ¿pero por qué has hecho esta locura con lo caro que está el papel?

Cánd. Mi hermano Filiberto ha costeado la edición. Pero parece que no te alegra.

Láz. ¿Cómo que no? Al principio... la sorpresa... la novedad... Pero después... ¡Jajay!... ¿Ves cómo me río?

Cánd. Y no es eso sólo. Deseando que obtengas la popularidad que mereces, hemos repartido profusamente entre amigos, abastecedores, periódicos, revistas de *sports*, Sociedades y

Ateneos de toda España y el extranjero ejemplares de tu libro.

Láz. (Muy asustado.) Pero di: ¿es que habéis hecho más ejemplares?

Cánd. Seiscientos.

Láz. ¿Seiscientos? (Aparte.) ¡La avalancha! ¡Dios mío!

Cánd. ¿Qué te parece?

Láz. ¡Una locura! ¡Hacer una edición así! ¡Con los analfabetos que hay en España!

Car. Pues yo creo que ha hecho muy bien. Siendo el libro de un hombre tan célebre como usted, se venderán cinco o seis ediciones.

Láz. (Amenazador.) Como siga usted diciendo tonterías, le hago a usted en la cara con el alpenstock un mapa de Suiza en relieve.

Cánd. ¡Cálmate, Lázaro! (A Carlos.) Es tan modesto... Le hiere la popularidad lo mismo que el céfiro a la violeta!

ESCENA VII

DICHOS y ROSALÍA, por el foro derecha con bandeja y tarjeta

Ros. Señor, este caballero pregunta si el señor puede recibirle.

Láz. (Lee la tarjeta.) «Casto de Velilla, redactor de la revista *El Aire del Guadarrama.*»

Cánd. ¡Un redactor! ¡Que pase en seguida! (Vase Rosalía.) Viene a interviuvarte. Habló con Filiberto ayer en la Asamblea del Congreso de Alpinismo que se esta celebrando en Madrid; le contó tus proezas y le dió un ejemplar de tu libro. Antes nadie te conocía, Lázaro; pero gracias a mi ya eres hombre célebre.

Láz. (Aparte.) ¡Maldita sea tu estampa!

Elena ¡Ay, qué gusto! ¡Qué gusto! ¡Qué gusto! Saldremos en el periódico.

Láz. (Aparte.) Sí; en la crónica de sucesos.

Cec. (A Carlos.) Aprenda usted de mi padre.

Car. ¡Oh! Yo haré más que subir a las montañas. Precisamente estoy ahora pensando en la aviación.

ESCENA VIII

CECILIA, ELENA, DOÑA CANDIDA, LAZARO, CARLOS y VELILLA. Velilla es un tipo cómico de redactor de sport. Entra y saluda. Trae un cuadernito y lápiz en el bolsillo y un ejemplar de «El Vértigo» que mostrará cuando se indica en el diálogo

Vel. Señora... Señoritas... Caballero...

Cánd. No sé cómo agradecerle la atención de haberse acordado de nosotros. Mi marido... (Presentándole.)

Vel. Saludo en usted al heroico alpinista y al gran escritor.

Láz. (Azorado.) ¿Por qué se ha molestado?... ¡Por ¡Dios!... ¡Si no valía la pena!...

Vel. Usted pertenece ya al gran público, y por lo tanto al *Aire del Guadarrama*. Hablaremos de usted, hablaremos de su hermoso libro... (Saca uno igual al que Cándida entregó a Lázaro.)

Láz. ¿Pero van ustedes a hablar del libro?

Vel. En el número próximo se le consagran tres columnas, que leerán ávidamente los veinte mil lectores.

Láz. ¡Veinte mil! (Aparte.) ¡Estoy perdido!

Vel. (Saca del bolsillo el cuaderno de notas y el lápiz, disponiéndose a escribir, para lo cual deja sobre la mesa el ejemplar de «El Vértigo».) Comencemos la interviú. (A indicación de Lázaro se sientan Velilla y todos.) ¿La familia?

Láz. Buena, gracias.

Vel. No. Preguntaba si es ésta toda.

Láz. ¡Ah, sí! (Presentando.) Mi esposa. Mis hijas Cecilia y Elena...

Vel. Tanto honor... (Escribe.) «Interesantes detalles.» (Por Carlos.) ¿Y el señor? Un hijo, ¿verdad?

Láz. Lo será, según creo... Don Carlos Rodríguez Laforga.

Vel. Muy bien. (Escribiendo, como siempre que se indica entre comillas.) «El idilio sentimental florece en aquel templo del *sport*. El prometido, don Carlos Rodríguez Laforga, de una de las mejores familias de la aristocracia...»

Car. (Interrumpiéndole.) Mi papá era recaudador de arbitrios.

Vel. «... desciende de un tesorero del rey Felipe IV.»

Car. (Aparte.) ¡Así se escribe la Historia!

Vel. «Picacho escribe siempre...»

Láz. (Aparte.) Voy a ver si me quedo con el libro que trae. (Va con cuidado a cogerle de la mesa.)

Vel. «... robando...»

Láz. (Asustado, deja el libro.) ¿Cómo?

Vel. «Robando tiempo a sus ocupaciones.» Esta será su mesa de trabajo.

Todos Esta.

Vel Y esto, ¿qué es? (Por el pisapapeles de piedra.)

Láz. Una piedra que cogí en Vallehermoso una tarde.

Vel. «Adorna la mesa un trozo de roca cogida en la peligrosa ascensión al Paso del Infierno.» Ahora, diga: como todos los grandes hombres, ¿usted tendrá monomanías?

Láz. (Molesto.) ¿Yo monomanías, caballero?

Vel. Todas las celebridades tienen alguna costumbre extraña: beben éter, fuman opio, dan gritos como un papagayo.

Láz. No. Yo, no.

Vel. ¡Qué lástima!.

Cánd. Sin embargo, yo he observado detalles curiosos en él. Duerme con tres almohadas.

Vel. (Escribe) «Siempre buscando la altura...»

Cánd. Va algunas noches al café de la Montaña y toma leche con suizo.

Vel. Naturalmente. Suizo... la Montaña...

Láz. (Bromeando.) Y me gustan mucho el monte nevado y los caramelos de los Alpes.

Vel. «Ingenioso y burlón, a cada momento se le ocurre un chiste malo.»

Láz. Bueno.

Vel. (Terminando de escribir.) «Malo.»

Cánd. Ahora, si usted quisiera honrarnos tomando una copita con nosotros y sandwichs...

Vel. Imposible. Soy vegetariano.

Cec. Beberemos en honor de *El Aire del Guadarrama.*

Vel. Si es así... Por deber profesional...

Cánd. Vayan pasando... por aquí.

(Todos van haciendo mutis por primer término derecha.)

Cec. (A Carlos.) ¿Viene usted?

Car. Sí. Precisamente yo todo lo que como es entre horas. (Intención de mutis.)

Láz. Aguarde usted, Carlos. Tenemos que hablar. (A Cecilia.) Vamos en seguida.

ESCENA IX

LAZARO y CARLOS

Láz. (Apenas quedan solos, corre a la mesa, coge el libro que dejó Velilla y se lo guarda.) ¡Uno menos! ¡Ay, amigo Carlos!

Car. Me parece que no todo son montañas para usted. El precipicio en que le veo...

Láz. Usted va a sacarme de su fondo.

Car. ¿Yo?

Láz. Es preciso que corra usted a ver al editor del maldito libro; que compre todos los ejemplares y que los traiga. Hay que evitar a toda costa que su verdadero autor se entere y entere a mi cuñado.

Car. Me figuro las cosas que diría.

Láz. ¿Por qué se me habrá ocurrido copiar esas cartas estúpidas?

Car. Hombre, que después de copiarlas no me parece justo que hable usted mal del autor.

ESCENA X

DICHOS y ROSALIA, que entra por el foro derecha como una tromba. En sus manos trae el libro rojo «El Vértigo». Se dirige llena de entusiasmo a Lázaro, medio sollozante

Ros. ¡Ay, señor! ¡Ay, qué precioso!...

Láz. (Aparte a Carlos.) ¿Pero qué le ha dado a ésta?

Ros. (Leyendo en el libro torpemente con exagerados ademanes.) «Suspendido sobre el abismo me preparaba a morir...» (Llorando.) ¡Ay, pobre señor! ¡Ay, qué pena me ha dado lo de la ascensión del señor!

Láz. (Aparte a Carlos.) Esta se ha vuelto loca. (Alto.) Pero, ¿qué tonterías lees ahí?

Ros. (Llorosa.) Es el libro del señorito cuando subió al Paso del Infierno y estuvo si cae o no cae en una sima. ¡Pensar que pudo morir entre nieve, con lo que le gusta al señor que le calienten la cama!

Láz. ¿También tienes tú mi libro?

Ros. ¡Claro que le tengo, y le conservaré toda la vida! Un recuerdo de la señora...

Car. (Riendo.) Ha repartido bien la edición.

Láz. Bueno, pues también yo voy a darte un recuerdo. Toma un duro y venga ese libro.

Ros. Aunque el señor me diese cinco no me quedaba yo sin él. Es un regalo de la señora y no está bien que lo venda.

Láz. Mira, Rosalía... Verás... Si yo... lo que quiero es que me des el libro para ponerte una dedicatoria: «A la criada modelo, Rosalía Landete, etcétera, etcétera, Lázaro Picacho.»

Ros. ¿Y para qué va usted a echar a perder el libro escribiendo en él?

Láz. Te pondré que haces los bartolillos divinamente.

Ros Entonces, sí. Tenga el señor. (Se lo entrega. Lázaro lo toma rápidamente y se lo guarda.)

Láz. (Aparte.) ¡Van tres! (Alto.) Bueno. Ahora, vete y déjanos.

Ros. (Sin irse.) Es que...

Láz. ¿Tienes algún otro ejemplar?...

Ros. No, señor. Pero quería decirle al señor que ha llegado don Filiberto, el hermano de la señora, con Orejón y Cabeza, dos dependientes de su comercio de la calle de Postas.

Láz. ¡Filiberto aquí!

Ros. Y si viera el señor cómo vienen vestidos. Con las rodillas al aire, pañuelo al cuello y frégoli.

Láz. Es su manía. Ha fundado una sociedad excursionista, y como no encuentra nadie con ganas de andar, obliga a sus dependientes a ir los domingos a Cercedilla. Hoy irán de excursión.

Ros. No, señor. Deben ir a un duelo, porque traen coronas.

Láz. ¿Coronas?

Car. (Riendo.) Serán para usted.

Ros. Han pasado al comedor con la señora. Si el señor quiere que les avise...

Láz. ¡Vete! ¡Déjame en paz!

Ros. ¡Voy! ¡Voy! (Mutis.)

Láz. (A Carlos.) ¿Y usted? ¡Pronto! A ver a ese editor. No le deje ni un ejemplar y vuelva en seguida.

(Carlos toma el sombrero y hace mutis foro derecha, obligándole Lázaro.)

ESCENA XI

LAZARO, FILIBERTO CAÑEDA, OREJON y CABEZA, éste con un fuerte constipado y los tres con coronas de margaritas, figurando edelwais y trajes muy semejantes a los exploradores. Salen por primer término derecha. Después DOÑA CANDIDA, CECILIA, ELENA y VELILLA por el mismo lado

Cánd. (Dentro.) ¡Lázaro! ¡Lázaro!

Fil. ¡Adelante! ¡Pasemos a saludar al ilustre alpinista! Venga, Orejón. Acérquese, Cabeza.

Láz. (Aparte.) Están como para retratarse jugando a la comba. (Alto.) ¡Querido Filiberto! (Va a abrazarle.)

Fil. (Conteniéndole con actitud solemne.) ¡Alto ahí! Hoy no es tu cuñado quien viene a saludarte. Hoy es don Filiberto Cañeda, Presidente del Club Alpino «Los Amigos de la Ascensión», que llega a esta casa con sus miembros Orejón y Cabeza para anunciar al ilustre Picacho su nombramiento de socio de honor y entregarle estas coronas de edelwais.

Cab. (Afónico.) Don Filiberto, que ya sabe usted que no son edelwais, porque no los había; pero son margaritas, que se les parecen mucho.

Láz. Es igual. Se ve la intención de echarme margaritas.

Orejón (Con voz desentonada.) ¡Viva el gran Picacho!

Cab. (Afónico. Estornuda.) ¡Atchís!... ¡Viva!

Láz. Señores: profundamente agradecido.

Orejón ¿Cómo? (Es sordo.)

Láz. Decía que profundamente...

Orejón No entiendo.

Fil. ¡Calle usted, Orejón!

Láz. ¿Es explorador?

Fil. Sí. Ahora le hemos nombrado escucha.

Láz. ¿Escucha? Será para los cañonazos.

Fil. Como verás, venimos de uniforme para hacerte más honor, y eso que yo no quería que nos desabrigásemos. Sobre todo por el constipado de Cabeza.

Cab. ¡Atchís!... ¿Ve usted qué voz?

Láz. Está usted como para decirle a Orejón algo en secreto.

Fil. Es que da asco ver la raza. No hay amor al oxígeno, ni a la naturaleza. ¿Querrás creer que somos doscientos socios en nuestro Club de «Amigos de la Ascensión», y para ir los domingos a Cercedilla he tenido que echar mano de dos dependientes: Cabeza, que es el dependiente mayor, y Orejón, que es el cajero.

Láz. (Aparte.) ¡Caray! ¿Cómo sonará la moneda?

Fil. Y aun estos son unos maulas. Hay días que llegamos a Cercedilla y se me duermen.

Cab. Bueno, don Filiberto, todo hay que decirlo. Es que usted los sábados nos hace armar una exposición en la tienda y... ¡hay que ver qué exposiciones! El sábado pasado hicimos con fulares y crespones una copia de la catedral de Burgos. ¡Mecachis en la gabardina, que hay que ver las ojivas que tiene!

Fil. ¿Y qué? Eso es arte.

Cab. ¡Atchís!... Sí, señor. Pero es que estamos hasta las tres de la mañana con la exposición, y a las cinco ya nos llaman para ir al Norte. Y llegamos a Cercedilla, y paso gimnástico por aquí, salto de pértiga por allí, y que subo, y que bajo, y que también allí hay exposición. Y a las once de la noche vuelta a Madrid, y a deshacer la exposición hasta las tres de la mañana lo menos. Y el lunes, con las agujetas, extienda usted los velos de religiosa para que las señoras vean si caen bien... Vamos, que ¡bendito sea el oxígeno, don Filiberto, pero prefiero la cama!

Fil. ¡Cabeza! No hable usted así delante de mi cuñado, porque me dan ganas de liquidarle y hacer dependiente mayor a Domingo o a Vergara.

Cab. ¡Don Filiberto!... ¡Atchís!...

Orejón (A Cabeza.) ¿Qué dice?

Cab. (Sin acercarse.) Que va a nombrar dependiente mayor a Domingo o a Vergara.

Orejón (Horrorizado.) ¿El domingo a Vergara? ¿Y vamos a pie tan lejos?

Fil. Bueno, basta de discusión. No empañemos el acto solemne. Pasemos a otra cosa. Ayer por poco tengo un disgusto serio en las sesiones del Congreso de Alpinismo.

Láz. ¿Sí?

(Salen doña Cándida, Cecilia, Elena y Velilla, los tres últimos figurando que hablan animadamente.)

Fil. Y tienes tú la culpa por testarudo. Te dije que te inscribieras, que asistieses, y tú... ¡nada!

Láz. Hombre, soy enemigo de exhibiciones.

Fil. Sí; pero comprenderás que yo, teniendo una gloria en la familia, no me voy a estar callado.

Cánd. (Acercándose a ellos.) Naturalmente que no.

Fil. (A Lázaro.) Ayer hablé de ti, refiriendo tus excursiones al Paso del Infierno ..

Láz. (Aparte.) Mi cuñado ha metido la pata.

Fil. Y el majadero del delegado suizo, un tal Fritz Von Bardin, se atrevió a decirme que no tenía noticia de tus excursiones, y que era extraño, porque él toma nota de cuantas se realizan al Paso del Infierno.

Cánd. ¡Oh, qué infamia!

Láz. (Aparte.) ¡Me caí!

Vel. Eso serán rivalidades.

Fil. (Con suficiencia.) No; yo sé lo que es...

Láz. (Aparte.) ¡Dios mío!

Fil. El delegado suizo te confunde seguramente, porque al enseñarle yo un retrato tuyo, me dijo que tenía idea de haberte hablado en Interlaken; pero... ¡fíjate!... ¡que ibas con tu señora!

Láz. (Aparte.) ¡Ay, mi madre!

Cánd. (Desdeñosa.) ¿Conmigo? ¡Si yo no he estado en Suiza!

Fil. Lo mismo le contesté yo. Y además, empeñado en decirme a mí... ¡a mí que soy tu cuñado!... que tu mujer es francesa.

Láz. (Aparte.) ¡Santa María, madre de Dios!

Cánd. (Muy molesta.) Pues le dices a ese señor que, a Dios gracias, soy de Calamocha y honradísima. ¡Vaya!

Fil. Pero, ¡fué servido! Con decirte que para fastidiarle, hasta le hablé mal del reloj de Lucerna.

Láz. (Enfadado.) ¡Hombre! No quisiera yo más que coger al suizo ese y...

Fil. Pues no te preocupes, que pronto vendrá.

Láz. (Asustado.) ¿Cómo? ¿Pero va a venir?

Fil. Si hasta tenemos una media apuesta... ¡Ya verás, ya!

Láz. Oye, Filiberto... Que tú eres muy arrebatado, y...
Fil. ¡Quitarte un átomo de gloria es igual que herirme en lo más doloroso! ¡Y en un día como hoy!
Cánd. ¡Lázaro! ¡Qué día tan completo para ti!
Láz. ¿Completo? Tú lo has dicho. No me falta nada.
Cánd. Nunca le olvidarás, ¿verdad?
Láz. ¡Nunca, hija, nunca!

ESCENA XII

DICHOS y ROSALIA, entrando con una enorme tarta como se describe en la escena primera

Ros. Señora: la tarta.
Todos (Admirados.) ¡Oh!
Vel. (Aparte.) ¡Qué lástima estar a régimen!
Láz. (Aparte.) ¡Tiemblo a mi mujer! ¿Qué traerá dentro?
Fil. Es admirable.
Cánd. Representa la Jungfrau.
Vel. (Escribe.) «Encantadores detalles.»
Láz. ¿Ves? Así es como a mí me gustan las montañas. Oye. ¿Y estos tres monigotitos? (Por los de la tarta.)
Cánd. Sois tú, y tus dos inseparables guías.
Cec. El del centro eres tú.
Láz. ¿Yo, en chocolate? ¡Ya tengo estatua!
Fil. (Mirándole con lentes.) Y está muy parecido.
Cánd. Le di un retrato al de la confitería.
Cec. Es una monada.
Cánd. Tu padre está para comérselo.
Orejón (A doña Cándida.) ¿Cómo?
Cánd. (Gritando.) ¡Que está para comérselo!
Orejón ¡Ah, sí! (De pronto coge la figura de Lázaro y se la lleva a la boca.) Yo, el San José.
Cánd. (Al verle da un grito.) ¡Ah! ¡Bárbaro! ¡Que le ha dado a mi marido un mordisco en la cabeza!
(Todos se precipitan y le detienen.)
Todos ¡No se lo coma!
Orejón ¡Ah, bueno! Haberlo dicho.
(Cabeza se descubre dejando el sombrero sobre una silla.)
Cánd. (A Rosalía.) Lléveselo al comedor. Ahora ire-

mos todos allí. Supongo que aceptarán ustedes un trozo de pastel y una copa de champagne. Hoy festejamos el natalicio de Lázaro. Cincuenta años.

Láz. Sí, hombre, sí. ¡Al comedor! (Aparte.) A ver si dejan de hablar de alpinismo.

Cánd. ¡Vamos! (Van saliendo. Aparte a Cecilia.) ¡Qué lástima de la figura de tu padre! Se le ha comido ese bruto la masa encefálica.

Fil. Orejón, al comedor. (Va con los otros. Al ver que Cabeza se deja el sombrero.) Cabeza, el sombrero...

Cab. ¡Atchís!... ¡Va!... Atchíst!...

(Mutis todos por la derecha.)

Cánd. (Dentro.) ¡Lázaro!

Láz. ¡Ahora voy, mujer! (Enjugándose el sudor.) ¡Uf!... ¡Sudo tinta! ¡Ese Carlos sin volver! Si no recoge la edición, mi desgracia es segura, porque como se entere el autor del libro de donde copié las cartas... ¡Todos contra mí! El suizo, mi cuñado, el librero, mi mujer, mi...

ESCENA XIII

LAZARO y ROSALIA

Ros. Señor.

Láz. ¿No ha vuelto aún el señorito Carlos? ¿Quién ha venido?

Ros. Un caballero que pregunta por la señora. Trae un cornetín.

Láz. ¿Un cornetín?

Ros. Sí, señor. Dice que quiere hablar con la señora, para ver a qué hora le dan la murga al señor.

Láz. ¿Más murga todavía? ¡Dile que se vaya, que nos deje en paz, que...!

Ros. Como el señor mande. (Intención de mutis.)

Láz. Pero no. Aguarda; aguarda, que puede que le envíe en mi ayuda la Providencia. Dile que pase. (Mutis Rosalía. Meditando.) El suizo está para llegar. Si habla... ya pueden prepararme la camilla. En cambio, ese músico oculto, yo preparado, mi mujer credulísima y mi cuñado en la higuera... puede que sea la salvación de un pobre náufrago.

ESCENA XIV

LAZARO, ROSALIA y GOMEZ CAMALEON. Es un tipo cómico de murguista con aires de director de orquesta. Trae bajo el brazo un cornetín

Ros. Pase por aquí. El señor le dirá. (Mutis.)

Láz. ¡Pronto! ¡Aprisa! ¿Usted es ..?

Gómez (Presentándose.) Gómez Camaleón, maestro director, virtuoso del cornetín... Laureado en Jaca, ovacionado en Ronda, condecorado por una Junta de damas en Cintra...

Láz. Sí, sí... Suprima detalles. ¿Usted toca fuerte?

Gómez Forte, mezzo forte o piano, según la indicación de la página musical, del autor o de las circunstancias, a saber: boda, bautizo, apertura, funeral, fiesta onomástica, merienda campestre...

Láz. Bueno; lo que yo necesito es que toque usted de un modo que no se le pueda aguantar.

Gómez (Digno.) ¡Caballero!... Mi dignidad artística... Su ignorancia del arte...

Láz. Tenga usted cinco duros.

Gómez (Amabilísimo, tomándolos.) ¡Ah! Veo que es usted un notabilísimo *dilettanti*.

Láz. ¿Y sus músicos?

Gómez Los cuatro profesores de mi orquesta que titulamos «Los sobrinos de don Ricardo Wagner», están al pie de ese balcón.

Láz. ¿Podría usted hablarles desde ahí?

Gómez Como es piso entresuelo... ¿qué debo hacer?

Láz. Ocultarse en el balcón de modo que me vea usted a mí.

Gómez Comprendido.

Láz. Cuando yo eleve los brazos al cielo, comienzan, usted y sus profesores, a tocar lo más fuerte que puedan. Y oigan lo que oigan, no callan hasta la otra seña.

Gómez ¿Qué seña es la del cese?

Láz. Pues... cesan ustedes de tocar cuando yo me meta las manos en los bolsillos del pantalón.

Gómez Penetrado, sí señor. Se trata de una broma. ¿Y qué autores, qué maestros son los de su predilección?

Láz. Los que suenen más. Wagner, Strauss... ¡Ande! ¡Entre pronto, que vienen!

Gómez ¡Descuide! Pondremos el alma entera en el concierto.

Láz. ¡Eso, sí! ¡Alma! ¡Mucha alma! (Le obliga a entrar en el balcón de la izquierda, cerrando después los cristales.)

ESCENA XV

LÁZARO, DOÑA CÁNDIDA, CECILIA, ELENA, FILIBERTO CAÑEDA y VELILLA

Cánd. (Dentro.) ¡Lázaro!

Elena (Dentro.) ¡Papá!

Cánd. (Saliendo.) ¿Pero dónde te metes, Lázaro?

Fil. ¿Cómo no has venido a comer la tarta?

Láz. No estoy bien. Tengo así... una opresión en el pecho.

Cánd. (A Elena.) ¡Niña! Abre el balcón.

Láz. (Deteniéndola.) ¡No! ¡Me constiparía! Ya sabes que tengo además dolores de reuma en los hombros, y el aire me los exacerba.

Fil. ¿Dolores en los hombros? ¡Haz como yo y se te quitan! (Hace flexiones levantando los brazos.)

Láz. (Deteniéndole.) ¡No! ¡No hagas eso que me mareas!

Fil. Hazlo tú y verás.

Láz. (Aparte.) ¡Cualquier día!

Cec. (A Velilla.) ¿Y cuánto tiempo hacía que estaba usted a régimen vegetariano?

Vel. Una semana.

Cec. (Burlona.) Ya, ya se le conoce.

Elena (A Cándida.) A mí lo que más me interesa del libro de papá, es lo que cuenta de sus dos guías Otto y Rip.

Cánd. ¡Verdad! Mira que el capítulo en que describe cómo le salvaron de la muerte.

Elena ¡Es hermoso! Y él nunca habla de ellos.

Cánd. Se los voy a recordar, verás cómo le gusta. (A Lázaro, severa.) Lo que no está bien, Lázaro, es que te olvides en un día como hoy de tus guías.

Láz. (Distraído, llevándose la mano al bigote y atusándoselo.) No tuve tiempo de rizarme. ¿Están bien así?

Cánd. No bromees. Me refiero a tus fieles guías Otto y Rip. ¡Qué lástima que estén tan lejos!

Láz. ¡Oh, sí! ¡Pobres! ¡Tan cariñosos!... ¡Tan valientes!...

Cánd. Si entrasen de pronto por esa puerta.

Láz. (Volviéndose a mirar asustado.) ¡No me lo digas ni en broma!

Cánd. ¿Ves? Te has emocionado.

Láz. (Aparte.) Mi mujer quiere que yo acabe con endocarditis.

ESCENA XVI

DICHOS y ROSALIA. Después FRITZ VON BARDIN, tipo suizo, de aspecto severo. Rosalía aparece en la puerta del foro

Elena ¿Qué hay?

Ros. Un señor que pregunta por don Filiberto.

Láz. (Aparte.) ¡El suizo! ¡Si me llego a descuidar!

Fil. Que pase. (Mutis Rosalía.) Ahora vais a ver.

Cánd. Entre todos le confundiremos.

Láz. No vayais a decirle algo desagradable. (Al ver entrar por el foro a Fritz Von Bardin, simula buscar algo por el suelo y se esconde detrás del canapé.)

Fritz (Saludando desde el foro. Pronuncia un poco a la alemana.) Señogas... señoguitas... señor Cañedo...

Fil. (Presentando.) Mi cuñado el gran alpinista Lázaro Picacho, que tengo el... (Se vuelve y no le ve.) Pero, ¿dónde está Lázaro?... ¡Lázaro!

Cánd. (A Lázaro.) Lázaro... ¿Qué haces ahí? Lázaro... ¡Levántate!

Láz. No .. Es que buscaba... ¿Sabes?

Fil. El señor Fritz Von Bardin, miembro del Club de Interlaken, que ha venido al Congreso de Alpinismo...

Láz. Tantísimo gusto. (Aparte.) Ahora va a ser ella.

Fritz Su cuñado me ha dicho que usted va en Suisa anualmente... Yo recordo... Recordo haberle visto paseando con la...

Láz. (Rápido, interrumpiéndole.) Con la nieve, sí señor. Allí ya es sabido...

Fritz No. No señor. Yo le he visto con su mu...

Láz. ¿Con sumo gusto? Gracias. Yo también. (Presentando a Cándida.) Mi señora, que es de Calamocha.

Fritz ¡Ah! señoga... Calamocha.

Cánd. De España, ¿sabe usted? No franchuta, como alguien ha dicho.

Láz. (Aparte a Cándida.) Cállate.

Cánd. (Idem a Lázaro.) Es por patriotismo.

Fil. Ahora puede usted preguntarle las excursiones que ha hecho.

Láz. ¡Por favor! ¿Quién piensa en tales pequeñeces?

Fritz El señor, desía que usted es de los que han subido al Paso del Infierno.

Láz. Bien, pero... si yo no... (Aparte a Cañeda.) ¿Cómo dices que hay que hacer para quitarse el dolor?

Fil. ¿Te aprieta mucho?

Láz. Horriblemente.

Fil. Pues así. (Hace flexiones.) Hazlo así y verás.

Láz. Gracias. Ahora probaré.

Fritz Usted habrá subido pero yo no le tengo en mi lista. Vea usted. (Mostrándole un librito.) Los guías me dan a diario notas. ¿Qué día subió usted?

Láz. Hombre, ¡cualquiera recuerda!

Cánd. Sí. Por tu libro. (Hojeando uno.)

Fil. Claro. Por el libro.

Cánd. El 14 de Agosto.

Fritz (Asombrado.) ¿El día de la gran tormenta? ¡Imposible!

Fil. ¿Quién ha dicho que imposible? ¡Si lo sabrá mi cuñado!

Fritz Perdone, pero yo también. Este señor no pudo haber subido ese día.

Láz. ¡Dejadle! ¿A qué discutir?

Cánd. Mi marido subió ese día, caballero. ¡Lo sostengo!

Fritz Yo afirmo en cambio que no pudo subir ese día, porque aquella tarde le ví yo en el teatro con una...

Láz. (Alzando los brazos varias veces como si se indignase. La murga rompe a tocar muy fuerte.) ¿Cómo que no subí? ¿Cómo que no realicé la excursión?

Fritz (Sigue hablando sin hacerse entender.) Le ví con una señoguita. Hacían *Hugonotes*. En el cuarto acto.

Cánd. ¿Pero quién demonios toca?

Fil. ¡Que se callen!

Elena ¡Silencio!

Láz. (Se mete las manos en los bolsillos. Cesa la murga.) Dejemos este asunto.

Fil. ¡Nunca! Señor de Von Bardin. Aquí hay una cuestión imposible de dilucidar, porque usted parece que tiene empeño en restarle gloria a mi cuñado.

Fritz Yo quiero solo restablecer la verdad.

Vel. Pues el señor Picacho no necesita más razones en su apoyo que una aplastante: el libro que publicó...

Láz. ¡No! ¡Tampoco! (Rápidamente ha alzado los brazos varias veces para evitar que hablen del libro. La murga rompe a tocar de nuevo.) ¡No hablemos de eso! ¡No es necesario! ¡No! ¡No! ¡Y no!

Cánd. ¡Silencio! ¡Es insoportable!

Láz. Tienes razón. (Se mete las manos en los bolsillos. Cesa de nuevo la música.)

Cánd. ¿Pero dónde demonios tocarán? Voy a ver por el balcón...

Láz. (Deteniéndola, dramático.) ¡No! ¡No abras!

Cánd. ¿Por qué?

Láz. (Aparte a Cándida.) Me temo a mi mismo. Si veo el balcón abierto, puede que le tire por él.

Cánd. (Asustada, coge a su marido del brazo izquierdo y le sujeta fuertemente diciendo.) ¡Lázaro, por Dios! No hagas locuras. ¡Contente!

Fil. (Alarmado, hace lo mismo que Cándida, sujetando a Picacho el brazo derecho.) ¿Cómo? ¡Tú estás en tu casa! Contente y déjame a mí (Alto a Von Bardin.) ¿Pero a qué más discusiones? Lo que se impone es mi apuesta.

Láz. (Aparte a Cañeda.) ¿Qué apuesta?

Fil. (Aparte.) Déjame y verás.

Cánd. (Aparte) ¡Contente, Lázaro!

Fil. Sírvase usted decirme qué montaña hay en Interlaken donde sólo los animales puedan subir.

Láz. (Aparte a Cañeda.) Oye, ¿pero para qué?

Fil. (Aparte a Lázaro.) Para que subas tú.

Láz. Pero Filiberto...

Fil. Responda.

Fritz ¿Difisil de subir? El Pico del Aguila.

Fil. Bueno, pues, van tres mil pesetas, a que éste sube allí.

Fritz ¡Oh, imposible!

Láz. Filiberto, mira que es un pico...

Fil. ¡Me gasto el doble con tal de verte encumbrado!

Laz. Mira que es un Pico inaccesible el Pico del Aguila

Fil. Tú subes... y tan fresco.

Fritz No subirá.

Láz. (*Aparte a Cañeda.*) Suéltame, haz el favor. ¡Soltadme los dos, canario!

Cánd. ¡Lázaro, contente!

Fil. Déjame a mí.

Fritz Pues bien. Van apostadas tres mil pesetas, a que el señor no sube.

Láz. ¡Claro que no!

Fil. ¿Eh? ¿Pero es que vas a dejarme mal? Tú echas el hígado, si hace falta, pero subes al Pico.

Láz. Hombre, Filiberto, que eso del hígado no es un principio para animar a nadie... ¡Suéltame por lo que más quieras!

Cánd. Calma, Lázaro.

Láz. ¡Soltadme!

Fil. ¡Vamos, hombre! ¿Es que nos quieres dar la murga?

Láz. ¡Claro que sí!

Fil. ¿Van tres mil pesetas?

Láz. ¡Soltadme!

Fritz Acepto.

Todos ¡Bravo! ¡Bravo!

Fil. Además iremos todos a Suiza.

Láz. ¿Pero qué dices? ¿Todos a Suiza con lo caro que cuesta el viaje?

Fil. Lo pago yo. Mejor dicho, lo paga este caballero que perderá la apuesta.

Fritz No es fásil. De modo que mañana en la Asamblea firmaremos un compromiso.

Láz. ¡Qué compromiso!

Fil. Claro que firmaremos.

Láz. Pero Filiberto, que es una locura. ¡Suélta me! ¡Soltadme!

Cánd. No.

Láz. ¡Es que me duele!

Fil. Te aguantas.

Fritz Hasta mañana entonces. Señogas... señogues... señoguitas... (*Saludo y mutis.*)

ESCENA XVII

DICHOS, menos FRITZ VON BARDIN

Cánd. Bueno. Ya te podemos soltar.

Fil. Antes no, porque estaba viendo que le abofeteabas.

Láz. ¡Qué rato he pasado!

Cánd. ¿Con el dolor? ¡Es nervioso!

Fil. Haz las flexiones y verás. Hazlas...

Láz. No. Ya, ¿para qué? Se me ha pasado. (Aparte.) Dios mío qué día... ¡El suizo! ¡Mi cuñado! ¡El autor del libro que copié! ¡La apuesta! ¡La de golpes que me aguardan!

ESCENA XVIII

DICHOS y CARLOS por el foro derecha agitadísimo

Car. ¡Don Lázaro! ¡Don Lázaro! ¡No queda ni un ejemplar del libro! ¡Agotada toda la edición! ¡¡Dos nuevas ediciones en prensa!!

Láz. (Desvaneciéndose, para lo cual eleva al cielo sus brazos y cae arrastrando a los que acuden a sujetarle.) ¡Ah! ¡Acógeme, Señor en tu seno! (Todos acuden en su auxilio.)

Cec.
Elena } ¡Papa!

Cánd. ¡Lázaro!

Fil. ¡La alegría! ¡La emoción por el éxito editorial! (Todas estas frases apenas se oyen, pues al elevar al cielo sus brazos el señor Picacho, Gómez Camaleón le ve y ataca en un fortísimo sin precedentes la pieza musical, en tiempo de pasodoble, más sonora de su repertorio. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Decoración: Gabinete de lectura en un hotel de Interlaken. El hotel es de los que se encuentran en la montaña a gran altura para dominar el panorama. Al fondo la decoración abierta por arcadas grandes o columnas a una galería de cristales, a través de los que se divisa un panorama alpino, sin exceso de nieve, antes al contrario con rientes laderas llenas de pinos, verdes prados y casitas suizas. La habitación tiene a la derecha del actor, dos puertas y a la izquierda, en primer término, puerta con montante practicable. A esta habitación se sube por tres o cuatro peldaños de escalera. En segundo término del mismo lado otra pequeña puerta. Salidas laterales practicables, por la galería.

En sitio conveniente de la escena, mesa con periódicos y revistas. Sillas. Aparatos de luz. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CAMARERO y MAITRE. Después BOBETTE. Al levantarse el telón el Camarero está leyendo el libro rojo «El Vértigo». Sale el Maitre, por el foro izquierda y le sorprende

Cam. (Leyendo.) «Suspendido sobre el abismo, me preparaba a morir. Mis guías, Otto y Rip, temblaban con los dientes apretados y sosteniendo inmóviles las cuerdas. Mi piolet se aferraba a las rocas con su garra de acero. La nieve...»

Maitre (Acento extranjero.) ¿Qué hace usted aquí, Franz? ¿Qué leía usted?

Cam. Este libro en español «Las treinta expediciones de un alpinista»

Maitre Sabe usted que no me gusta que la depen-

dencia lea cosas que hablen mal del Hotel de los Ventisqueros, que de los de Suiza es el que está a mayor altura.

Cam. A mil metros; sí, señor. Quisiera yo saber quién es el viajero que ha escrito lo que aquí dice contra nosotros.

Maitre Es verdad. No recordaba que también se ocupa de usted, del camarero español Francisco, que no le servía a tiempo.

Cam. ¿Usted no ha logrado averiguar quién es el viajero que publica este libro?

Maitre Aquí dice... Lázaro Picacho.

Cam Así, por el nombre, no recuerdo.

Maitre ¡Oh! Pero como venga por aquí yo le haré pagar en la nota sus injusticias.

Cam. Y yo. ¡Vaya si se acuerda mientras viva el tal Picacho del camarero Francisco! (Deja el libro sobre la mesita.)

Bob. (Es una artista francesa, joven y hermosa. Viste elegantísimo traje de mañana. Viene de la derecha a entrar en su cuarto, primer término izquierda. Habla con acento que recuerda extraordinariamente su nacionalidad. Su voz es dulce y acariciadora.) Maitre, ¿mi baño es prepagado ya?

Maitre Aún no, mademoiselle Bobette. Franz, el baño de la señorita.

(Mutis. Maitre por segundo término izquierda y Camarero por el foro del mismo lado.)

Bob. ¡Vite! Je suis pressée. (Entra en su cuarto.)

ESCENA II

LÁZARO, OTTO y RIP

Queda la escena sola un momento. Se oyen las voces de Otto y Rip, guías suizos, animando a Lázaro en su ascensión al hotel

Otto (Dentro.) ¡Aoh!... ¡A.. oh!... ¡Un esfuerzo y llegamos!

Rip ¡Ya! ¡Ya!...

Láz. ¡No me arree usted como a las mulas, caray!

Otto ¡Aoh!... ¡Ya estamos!

(Entran Otto y Rip con trajes de guías suizos. El primero es viejo; el segundo, joven. Hablan con acento de su país. Vienen tirando de Lázaro por medio de

cuerdas que éste lleva alrededor del cuerpo. Lázaro viste un cómico traje de alpinista. En cuanto llega a escena, se sienta y se enjuga el copioso sudor.)

Láz. Una ca... una cama... una camarera que me traiga algo para be... para be... ber.

Otto Agua, no. ¡Malo! Bebe, señor, este cordial. Lo hasemos nosotros. ¡Bueno, bueno, bueno! (Coge la cantimplora y bebe. Después se lo alarga a Rip.)

Rip (Bebiendo.) ¡Ya! ¡Ya!... ¡Bueno, bueno! (Se lo alarga a Lázaro.) Bebe, señor.

Láz. ¿Pero aquí se bebe así, en familia?

Otto ¡Divertidos los madrileños! ¿Y cómo quieres beber, señor?

Láz. (Bebe y se atraganta.) ¡Ah! ¡Ah!... ¿Pero qué es esto? ¡Si parece que abrasa... (Los guías ríen de los gestos de Lázaro.) ¿De modo que este es el hotel de los Ventisqueros? ¿Ya faltará poco para el Pico del Aguila?

Otto ¿Poco? Habemos subido trescientos metros. Hasta arriba, dos mil.

Láz. ¿Dos mil? ¿Y por qué no ponen ascensores?

Rip (Riendo.) ¡Ya! ¡Ya!...

Láz. Claro que ya, ya. ¡Como que subir a pie es un disparate, hombre! ¿Qué sacará la gente con llegar tan alto?... ¿Suben muchos?

Otto Y muchos no bajan. No se sabe más de ellos.

Láz. ¡Caramba, caramba!

Rip Pero si tú caes, señor, nosotros diremos dónde has quedado.

Láz. Muy agradecido. ¡Vaya con el pollo!

Otto ¡Hola, Rip! Quítale cuerdas al señor.

Rip Vamos. (Le obliga a ponerse de pie y le hace dar vueltas en todos sentidos al desenrollar de su cuerpo la cuerda. Todo brutalmente.)

Láz. Oye, tú, que no soy un baúl mundo.

Rip Dios te guarde.

Láz. Sí, porque lo que es tú... ¿De modo que aquí en el hotel habrá camas, comida?...

Otto De todo.

Láz. Pues id a que me preparen un cuarto, porque me parece que los otros no llegan hasta estas alturas. (Mutis Otto y Rip por el foro izquierda.) Yo salí una hora antes fingiendo impaciencia, pero, en realidad, para que no me viesen subir a gatas. ¡Estoy rendido!

ESCENA III

LAZARO y CAMARERO por el foro izquierda

Cam. ¿Desea algo el señor? Cama, comida, café... Lo que el señor guste.

Láz. Prepárame una cama.

Cam. Voy. El señor puede mientras tanto repasar periódicos, revistas.. El señor manda.

Láz. (Se acerca a la mesa. De pronto ve el libro y sin poderse contener exclama:) ¿Cómo? ¿También aquí mi libro? (Se lo guarda.)

Cam. (Deteniéndose asombrado. Aparte.) ¡Su libro! Era este el autor. Pues no recuerdo de él. ¡Ah! ¡Pero ahora verá!

Láz. Oiga, mientras me hace la cama, tráigame un tazón de leche.

Cam. ¿Conque un tazón? (Dramático.) ¡Soy el camarero español Francisco!

Láz. ¡Hombre! Pues tanto gusto, Paco. Prepárame una cama bien blandita.

Cam. ¡Ni cama, ni tazón, ni el saludo! ¡Soy Francisco! (Completamente trágico.) ¡¡Francisco!!

Láz. ¡Pero, Paco!... (Aparte.) ¿Qué le pasará? (Alto.) ¡Paco!..

Cam. (Desde el foro izquierda.) ¡¡Francisco!! (Mutis.)

Láz. ¡Señor! ¿Qué es lo que le ha hecho ponerse así? Como no sea el llamarle Paco. Pero de todos modos no es una ofensa. (Quejándose.) ¡Ay, ay!... Bueno; yo no puedo sufrir más estas botas. Si el camarero me diese unas zapatillas; pero me parece que no está así muy propicio... (Se ha quitado las botas.) ¡Ah! ¡Qué felicidad! ¡Cómo envidio a los frailes descalzos! ¡Caray! Alguien viene. (Se pone a a sacudirse los piés con el pañuelo para disimular que no tiene las botas puestas.)

ESCENA IV

LAZARO y BOBETTE. Sale distraída a leer periódicos. Lázaro, azorado, no la mira. Al final, CANDIDA y OTTO dentro

Bob. *Bon jour, monsieur.*

Láz. (Aparte.) Una señora. (Esconde los piés debajo de la silla.)

Bob. Voy a ver si *le journal*... (De pronto se fija en Lázaro.) Pero este *monsieur* es el impresario del año pasado. (Se acerca a él con gran alegría.) *¡Mon petit!* ¿Tú aquí? (Le abraza.)

Láz. Señora... (Asustado. Se vuelve y la ve. Aparte.) ¡Ella! ¡Bobette! ¡La francesa del año pasado! La artista que...

Bob. Estaba segura de verte. ¡Segura! Esta noche he soñado que me casaba contigo.

Láz. ¿Que has soñado que te casabas? Oye, pues no sueñes.

Bob. ¿Y has venido en Suiza por verme?

Láz. ¡Claro, hija, claro!

Bob. ¿Tú has sabido que yo era aquí? ¿Cómo?

Láz. Por los periódicos. Leí: «La distinguida artista», etcétera, etcétera. «Ha salido para Suiza», etcétera, etcétera.

Bob. ¿E tu temporada de impresario ha sido buena?

Láz. Magnífica. En mi teatro no hay localidades nunca.

Bob. ¿Tú has ganado mucho dinero?

Láz. *Oui.*

Bob. Como decís los españoles, ¿te habrás puesto las botas?

Láz. No. Eso no. Mira, me las iba a poner precisamente... (Se las pone.)

Bob. Siempre burlón. ¿Y por qué no me has escrito?

Láz. ¡Si no escribo a nadie! ¡Tú no sabes cómo está el papel en España!

Bob. Oye, *mon petit*, dime; un pregunta.

Láz. *¿Quél lóre til?*

Bob. No. Todos los días he repetido tu nombre y justamente ahora... ¡la!... *envolée*... Se me olvidó.

Láz. ¡Ah! ¿Sí? (Aparte.) ¡Caramba! Y yo que estaba esperando que ella me lo dijese para recordar el nombre que di el año pasado. Siempre doy uno fingido, como es lógico.

Bob. ¡Dime tu nombre, *cheri!*

Láz. Espérate que recuerde... (Aparte.) Voy a dar uno cualquiera... Sí, el de Carlitos. (Alto.) Pues verás, me llamo... ¿no recuerdas?... Carlos Laforga. (Aparte.) Este no se me olvida.

Bob. ¿Carlos?... Yo creo que no. Me parece que te llamabas *Candído.*

Láz. ¡Ah, no! Te confundes. *Candído* era mi padre.

Bob. ¡E bien! Este año, seguro que me llevarás a tu teatro de Madrid.

Láz. Sí. En cuanto vayamos a Madrid te llevo al teatro... (Aparte.) a butacas.

Bob. ¿Qué *piece* vamos a representar?

Láz. Una *piece* divina.

Bob. ¿Cómo se llema?

Láz. *Monsieur Jean Tenorio*, un drama del poeta don *Joseph Petit Renard*.

Bob. ¡Oh! *¡Tenorío! ¡Tenorío!...* Recita los versos.

Láz. Verás. Esto lo dice *monsieur* Tenorio después de la escena del canapé. La justicia le persigue y él grita con desesperación. ¡Ah! (Declama exagerado.)

«Llamé al cielo y no me oyó;
pues que sus puertas me cierra
de mis pasos en la tierra...»
c'est responsable le ciel. ¡Moi non!

Bob. (Aplaudiendo entusiasmada.) ¡Bravo, bravo!

Voces (Dentro, foro derecha.) ¡Hop!... ¡Hop!...

Bob. (Acercándose al foro.) ¡Turistas! ¡Vienen turistas! (A Lázaro.) Se me ocurre una idea. ¿Por qué no me presentas como tu mujer?

Láz. (Asustado.) ¿Mi mujer?

Cánd. (Dentro.) Señor guía, si no me da usted más cuerda no ando.

Otto (Dentro.) ¡Hop!... ¡Arriba!

Láz. (Aterrado.) ¡Mi mujer! (Corre de un lado para otro como alocado.)

Bob. ¿Pero qué tienes? ¿Tanto te molesta que yo sea tu mujer?

Láz. No, Bobette, no. Pero esos que suben...

Bob. ¿Los conoces? Tienen tipo de *comícos*.

Láz. Pues son *dramatícos*.

Bob. ¡Ah! Comprendo. Es tu compañia.

Láz. Sí. Mi compañía.

Bob. ¿Y aquella gruesa?

Láz. La... característica.

Bob. ¡Oh! ¡Que soy contenta!

Láz. Bueno, Bobette... Comprenderás que delante de la compañía no está bien que me hables de amor. El respeto... la disciplina... el cargo...

Bob. ¡Oh! No temas. Soy lo que se dice una *femme du monde*. Yo lo comprendo todo. (Abrazándole.) ¡Hasta luego, *mon bijou!* (Mutis primero izquierda.)

Láz. ¡Gracias a Dios! Ahora a los otros. (*Va al foro y dice alegremente.*) Vamos. ¿Pero qué es eso? ¿Tanta cosa para subir a un cerrillo? Hace tres horas que os estoy aguardando.

ESCENA V

LAZARO, DOÑA CANDIDA, CECILIA, ELENA, FALSET, FILIBERTO, OREJON y CABEZA. Entran todos en escena fatigadísimos de la ascensión. Doña Cándida, extenuada, se sienta en una silla en primer término. Orejón y Cabeza visten los trajes del primer acto; llevan las rodillas al aire y pintadas de un color amoratado. Están muertos de frío, como asimismo Filiberto, que se esfuerza inútilmente por demostrar lo contrario. Elena habla aparte con Falset hasta que éste hace mutis

Láz. (*A Cándida.*) ¿Pero cómo vienes, hija? ¡Si esto no es nada!

Cánd. Para ti no, pero para nosotros... Cada vez te admiro más. ¡Estoy muerta!

Láz. Te lo advertí. ¡No vengas a Suiza! ¡Tú no estás para eso!... En cambio, ya ves yo, he subido como si nada.

Cab. (*Tiritando.*) ¡Qué bo... bo... bonito es esto!... Pero ¡qué fri... fri... qué frío hace!

Fil. (*Dando diente con diente.*) Como que en cuanto volvamos a España voy a modificar el uniforme de nuestra asociación.

Orejón ¿Estamos ya en el Polo?

Fil. Pero todo puede darse por bien empleado. ¡Qué panorama! Cabeza, usted que es artista, fíjese bien para reproducirlo luego con guantes y calcetines en una de nuestras exposiciones.

Láz. Esto es lo que a mí me gusta. ¡Esta es mi segunda patria!

Fil. ¡Hombre admirable! ¡Lo que vamos a gozar viéndote subir al Pico! Por supuesto, es necesario que le acompañe uno de los miembros de nuestro Club.

Cab. Yo... don Filiberto... creo que... (*Miedoso.*) Si se lastima un miembro...

Láz. ¡No! De ningún modo. ¿Van a molestarse? No faltaba más. Yo no necesito ningún «Amigo de la Ascensión»; con la ascensión tengo bastante y me sobra.

Fil. Es preciso, Lázaro. Por lo menos tiene que

ir uno de nosotros hasta el Pico de la Viuda, para contarnos los detalles.

Cab Estoy pensando, don Filiberto, que como no hay que oir nada, puede subir Orejón.

Fil. ¿Orejon? De ningún modo. Suba usted, Cabeza.

Láz. Oye, Filiberto, si la cosa es motivo de discusiones no subo tampoco yo y terminado.

Fil. ¿Ve usted a lo que ha dado lugar, Cabeza? No se hable más de esto. Es el honor del Club. Yo me encargo...

Cab. (Contentísimo.) ¿Sube usted?

Fil. Yo me encargo de hacerle a usted subir. Ahora vayan los dos y traigan bollos, medias noches y algo de beber. ¡Pronto! (Mutis Orejón y Cabeza por el foro izquierda. Vase también Falset, foro derecha.) Entre tanto voy a enterarme de cuántos excursionistas han perecido esta temporada. (Mutis por el foro izquierda.)

Cec. ¡Ay, papá, cómo te admiro! A tus años y tan ligero.

Láz. ¿Ligero? He subido hasta aquí cantando y aún llegué antes que los guías.

Cánd. ¿Eh? ¡Qué orgulloso está de sus guías y qué pronto los ha buscado!

Láz. (Asombrado.) ¿Yo?

Fil. No te hagas de nuevas. ¡Nos lo han dicho ya! Los guías que te han acompañado son los tuyos, los que citas en tu libro, los que te ayudaron siempre en tus peligrosas excursiones. Otto y Rip.

Láz. (Aparte.) ¡Los guías del catalán autor del libro!... ¡Reventisquero, la que se me viene encima!

Cec. (En el foro.) Ahí vienen los dos.

ESCENA VI

LAZARO, DOÑA CANDIDA, CECILIA, ELENA, OTTO y RIP, estos dos últimos por el foro izquierda. Todos van a su encuentro. Ellos, al ver tanta gente, se azoran un poco

Otto ¡Hip! ¡Hip!...

Rip ¡Hurrah!...

Cánd. (Muy afable, a los guías.) Reciban ustedes el cariñoso saludo de todos.

Otto Dios te guarde a la vieja y al compañía.

Rip ¡Ya! ¡Ya!

Cánd. (Aparte a Cecilia.) ¿Qué han dicho de una vieja? (Alto) He de darles gracias por lo que hicieron por mi marido en sus peligrosas excursiones, según cuenta en su libro.

Otto ¡Ah! El del libro es su marido, Rip.

Cánd. ¿Y tú, Lázaro, no les abrazas?

Láz. ¿Yo?... Sí... ¡Ya lo creo!... ¡Ah, ya estamos aquí, viejos camaradas! Digo, viejo y joven camarada. (Aparte.) ¡Dios mío, cómo saldré de ésta!

Cec. La escena es emocionante.

Otto Amables estos españoles.

Rip ¡Oh! ¡Sí!

Otto (Mirando a todos lados) ¿Pero dónde está el del libro?

Láz. (Aparte.) ¡Ay, que me descubren!

Cánd. (A Otto.) ¿Qué buscan?

Otto A Falset.

Láz. ¡Ah, sí! ¡Falset! (Aparte a Cándida.) ¡Pobre! Era un perro que nos acompañaba en las excursiones... ¡Falset! ¡Toma, Falset!... Murió.

Otto Siempre con el *Blok nottes*. (Acción de escribir en un cuaderno.)

Cánd. (Aparte a Lázaro.) ¿Cómo ha dicho?

Láz. (Aparte a Cándida.) Una enfermedad que padecen los perros aquí.

Rip Siempre subíamos con él.

Láz. Sí, claro, sí...

Otto Y siempre apuntando... Veía una roca, una planta, un glaciar, un banco... Apuntaba siempre.

Cánd. (Aparte a Lázaro.) ¿Pero qué dice?

Láz. (Aparte a Cándida.) Mujer... Ya comprenderás... La costumbre de los perros. (Aparte.) Estos dos ascensores me van a matar a disgustos.

ESCENA VII

DICHOS, OREJON y CABEZA por el foro izquierda, con bandejas de pasteles, bollos, copas y licores

Otto En una ocasión estábamos con él en el Paso del Infierno, cuando va y dice...

Láz. (Viendo el cielo abierto) ¡A ver! ¡Pronto! ¡Dadles sandwichs, emparedados!... Se mueren de necesidad. (A la fuerza les mete en la boca pasteles

de los que traen Cabeza y Orejón.) ¡Comed! ¡Comed sin cumplidos!

Otto (Con la boca llena.) Gracias. ¡Muy amables!

Láz. ¡Comed! ¡Comed! (Aparte.) Antes de que hablen los ahogo.

Cánd. Cuidado, no se atraganten.

Láz. Es la costumbre. Si no se les obliga no toman nada... ¡Comed, hijos, comed!

Rip (Con la boca llena, mirando a todas partes.) ¡Ya! ¡Ya!... Una vez me dijo el señor Fal...

Láz. (Tapándole la boca con un pastel.) ¡Hombre! ¡Fall! El de las operetas. ¡Caramba!... Pero bebed. ¡Venga vino!... Brindemos por las ascensiones, por las montañas, por los lagos, por Suiza, por las vacas... (Todo muy deprisa para no dejarles hablar.) Y ahora a tomar el aire, a cantar... ¡Hurrah, por Suiza! (Empujándoles para que se vayan.)

Otto (Entusiasmado.) ¡Hurrah, por Suiza!

Rip (Idem.) ¡Hurrah! (Hacen mutis animadísimos.)

Láz. (Aparte.) ¡Gracias a Dios! (Alto.) ¿Veis? Esto es lo que a mí me encanta. No en vano me llaman el hombre de la montaña. Me vuelve loco el alpinismo. Soy excursionista de corazón.

ESCENA VIII

DICHOS y RUFO FALSET, por el foro izquierda. Entra a tiempo de oir las últimas palabras de Lázaro, se acerca a él y le felicita. Después CAMARERO por el mismo lado

Rufo Mi enhorabuena, compañero. Le felicito cordialmente.

Láz. ¡Ah! ¿Es usted también alpinista?

Rufo Algo... Por afición...

Elena Encontramos a este caballero en el camino y se prestó a acompañarnos.. Es muy agradable.

Láz. Reconocidísimo por su atención con mis hijas y mi mujer.

Rufo El placer ha sido el mío.

Cam. (Saliendo.) Si quieren pasar los señores a beber un *grog*, lo tienen ya preparado.

Láz. Oiga, camarero. Deme a mí uno.

Cam. (Con marcado desdén.) ¿A usted?... ¡Soy Francisco!

Láz. Sí; ya me lo dijo antes, pero...

Cam. (Marcando las sílabas y con miradas terribles.) ¡Francisco! (Mutis por la segunda izquierda.)

Láz. ¿Pero qué le pasa?

Rufo Es su costumbre tratar mal a los viajeros. Le conozco y precisamente hablé de él en unas cartas sin importancia en las que refería mis excursiones.

Láz. (Aparte.) ¡Caray! (Alto.) ¿De modo que usted escribe?

Rufo Ya le daré un ejemplar de mis treinta excursiones...

Láz. (Aparte.) ¡Arrea! ¡Es el autor de mi libro! ¡La catástrofe se avecina!

Cec. Elena, ¿vienes a tomar el *grog?*

Elena Sí. Tengo un frío...

Cec. (Bajo a Elena.) Es simpático ese caballero.

Elena ¡Oh, mucho! (Mutis foro izquierda.)

Cab. (A Orejón.) Venga usted, Orejón. Hay que subir al Pico de la Viuda.

Orejón ¿Pico de Viuda? Mala señal. Eso es que va a morirse él. (Mutis foro izquierda.)

ESCENA IX

LAZARO, RUFO FALSET y DOÑA CANDIDA

Láz. ¿De modo que es usted escritor?

Cánd. Mi marido también; y, por cierto, muy notable. Yo creo que desde Julio Verne a la fecha, no ha habido otro.

Láz. (Que ha quedado al foro, aparte.) Ahora le habla del libro y se descubre todo. (Avanza rápidamente hacia doña Cándida.)

Cánd. (Saca un libro rojo y majestuosamente se lo entrega a Falset.) Tome usted, caballero, y vea la joya que acaba de publicar.

Láz. (Aparte.) ¡María Santísima, lo que me va a costar esa joya!

Rufo (Mirándolo.) Preciosa encuadernación. ¿Son poesías?

Láz. (Interponiéndose para que no lo mire.) No. Un manual para uso de cocineros... No habla más que de asados...

Cánd. ¿Pero qué dices? Hay cosas que no están bien. No olvides que te llamas Lázaro Picacho y que eres ya inmortal.

Láz. (Aparte.) ¡Ay! Por desgracia, no.

Rufo Sí... Creo haber oído... Me suena ese nombre...

Cánd. ¡Oh! ¡Es un gran artista! Su libro es lo más hermoso que se ha escrito sobre los Alpes.

Rufo ¿Sobre los Alpes? El mío también trata de ese asunto.

Láz. ¿Sí? ¡Caramba! A ver si hemos coincidido.

Cánd. Contigo no coincide nadie. Véalo y comprenderá que ese libro está copiado...

Láz. Esa es la palabra: copiado.

Cánd. Sí, señor. Copiado de la realidad. Lea usted antes que nada el capítulo sobre la excursión al Paso del Infierno. (Va hacia Falset.) Página setenta y dos.

Láz. (Loco de terror se precipita sobre ellos y les obliga a cerrar el libro.) ¡No! ¡Delante de mí, no! Me emociono demasiado. Léalo usted otro día... dentro de tres... o de cuarenta semanas. Pero ahora... (A doña Cándida.) Además, tú no te haces cargo de que el señor tiene que estar harto ya de montañas. Ha visto mucho... Ha subido mucho...

Rufo Sí, pero la ascensión al Paso del Infierno es la más peligrosa. ¡Es tan fácil no volver!...

Láz. (Aparte.) ¡No volver!... (Alto.) ¿Veis? Lo mismo que yo digo.

Rufo ¿Vienen ustedes a tomar el *grog*?

Láz. Ahora mismo. Aguárdenos en el comedor y al instante... (Aparte.) ¡Se va!

Rufo Pues ya saben ustedes... He tenido tanto gusto...

Cánd. El gusto es nuestro.

Rufo Rufo Falset... (Doña Cándida está a punto de soltar la carcajada. Aparte.) ¿Por qué se ríen?

Cánd. (Aparte a Lázaro.) ¡Se llama lo mismo que tu perro!

Láz. (Aparte a Cándida.) Calla, mujer; no sea que lo note.

Rufo (Aparte.) ¿Pero de qué se ríe?... Yo he de averiguar... (Alto.) ¡Servidor! (Mutis foro izquierda.)

ESCENA X

LAZARO y DOÑA CANDIDA. En seguida OTTO

Cánd. ¡Ay! Mira que llamarse como un perro. Yo no podía más de risa. ¿Pero a ti no te hace gracia, Lázaro?

Láz. ¡No! ¡No me hace gracia! (Aparte.) Es preciso alejarles de él. (Alto, muy grave) No me hace gracia y tengo mis razones. No me gusta que hables con ese caballero... Su enfermedad es muy contagiosa... Viene aquí a tomar aires. Es preciso apartarse de él. Si va por un camino nosotros por el otro.

Otto (A Lázaro.) Ya tienes, señor, habitasión.

Cánd. Voy a verla. ¿Vienes, Lázaro? (Mutis foro izquierda.)

Láz. Sí. (Va a seguirla.)

Cánd. (A Otto.) ¿Y cuándo parten ustedes para el Pico del Aguila?

Otto Dentro de media hora.

Láz. ¿Tan pronto?

Cánd. ¿Qué dices?

Láz. Que tan pronto como estén me avisen. Yo estoy listo ya.

Cánd. ¡Eres admirable! ¿Vienes a tomar el *grog?*

Láz. (Resignado.) ¡Vamos! (Al mutis, gritando al lateral) ¡Camarero! ¡A mí tila con azahar!... ¿Sabes? El *grog* no me gusta. (Hacen mutis, foro izquierda.)

Otto (Riendo.) ¡Qué divertidos son los de Madrid!

ESCENA XI

OTTO y CARLOS. Viene vestido de alpinista. Llega dando señales de estar fatigado. Al final RIP

Car. (Aparte.) Un guía. Y está solo. Aprovechemos. Cecilia sueña para marido con un hombre notable... ¡Lo seré! (Se acerca a Otto.) Oiga, querido guía.

Otto ¡Dios te guarde!

Car. Vamos a ver. ¿Cuánto me costaría hacer una ascensión al Pico del Aguila?

Otto Sesenta francos.

Car. Perfectamente. Y ahora, ¿cuánto me cuesta no ir al Pico del Aguila y hacer que todos crean que he subido?

Otto El doble.

Car. ¿Y por qué me cuesta el doble?

Otto Es la segunda tarifa. Sesenta francos por mi ofisio y sesenta francos por la mentira.

Car. (Imitándole.) ¡Dios te aguarde!... ¡Ya puede usted ir solo por el mundo!

Otto — Así voy siempre, señor.

Car. — Bueno, ¿y hay muchos alpinistas que prefieran esta segunda tarifa?

Otto — (Con gran calma.) Todos.

Car. — ¿Cómo?

Otto — Todos prefieren pagar y no subir.

Car. — ¡Ah, vamos! Así no tendré remordimiento. Tenga usted... (Va a darle dinero.)

Otto — Aguarda, señor. Estoy pensando Tú, acaso, preferirías, señor, la tercera tarifa.

Car. — ¡Ah! Pero, ¿hay otra tarifa?

Otto — ¡Oh, sí! La de accidentes. Este año están de moda.

Car. — ¿Y en qué consiste?

Otto — Salimos juntos, señor, y al quedar solos, te rompemos vestidos, te llenamos de nieve y hasemos creer que te caíste en un presipisio y que te hemos salvado. La gente suele llevar en triunfo a la *victíma*. Son dosientos sincuenta francos.

Car. — ¡Graciosísimo! Cecilia va a adorarme. Ahí va el dinero. Accidénteme usted.

Otto — ¿En seguida?

Car. — Sí. ¿No habra peligro?

Otto — ¡Oh, no! Si te caes de verdad te devolvemos los dosientos sincuenta francos; de modo que no tienes nada que temer.

Car. — ¡Oh, alma generosa!...

(En este momento entra Rip por el foro izquierda.)

Otto — ¡Eh, Rip!... Uno de tersera tarifa. Prepáralo todo. Tú irás con él por un camino y yo con el señor Picacho por el diferente. ¡Esto va bien, Rip!

(Mutis los dos guías foro derecha.)

ESCENA XII

CARLOS LAFORGA y CECILIA

Car. — De esta hecha dejo a Picacho en mantillas, en punto a arrojo y a escalar alturas; paso a ser héroe, y Cecilia me admira como a un ídolo... ¡La popularidad por cincuenta duros!... ¡Ah! ¡Ella!

Cec. — (Con desdeñosa ironía) ¿Es usted, Carlos? ¿No ha visto usted a mi padre?

Car. — (Muy marcado.) Ignoro dónde está mi querido compañero.

Cec. (Con desdén y asombro.) ¿Compañero de mi padre? ¿Usted?

Car. Lo seremos pronto. Ahora mismo parto para las alturas, Cecilia.

Cec. (Interesada.) Carlos, ¿será posible?

Car. Acaso me espera la muerte. La excursión es peligrosa. Pregúnteselo a ese pobre mártir de la ciencia, aplaudido autor de sus días. Pero, ¿qué importa morir?

Cec. (Admirada.) ¿De modo que usted?...

Car. Sólo pido la última gracia. Como despedida permítame un casto beso sobre esa mano a que aspiro, sobre esa mano...

Cec. (Coqueta.) ¿Un beso?

Car. Repare usted en que acaso sea el primero... ¡Ay! ¡Y el último! (Fingiendo emoción.)

Cec. (Tendiéndole la mano y volviendo la cabeza.) ¡Carlos... no puede ser!

Car. ¡Adiós, mi hermosa ilusión! (Dándole besos primero en la mano, luego en el brazo y luego en el cuello.) Piense que subo por usted; que subo por la gloria; que subo...

Cec. (Atajándole.) ¡Eh! ¡Eh! ¡No suba usted tanto!

Car. Dos mil metros sobre el nivel del mar.

Cec. Suélteme, que si no puede que grite... Esto es aprovecharse indignamente.

Car. No, Cecilia... Piense usted que puedo morir. Acaba de besarla... un pobre cadáver. ¡Adiós... adiós! (Aparte.) Creo que no se les puede sacar más partido a cincuenta duros. (Mutis foro derecha.)

Cec. ¡Pobre! No se ha atrevido a besarme más. ¡Qué tímidos son casi todos los hombres! (Mutis foro izquierda.)

ESCENA XIII

LÁZARO, solo. En seguida OTTO por el foro derecha

Láz. ¡Dios mío, qué amarga es la tila!, digo, ¡la vida! Yo no sé si es que el camarero no me ha querido dar azúcar o si es mi estado de ánimo, pero tengo una amargura que no se me quita ni con todas las acciones preferentes de la Azucarera. La excursión, mi cuñado, Cándida, Falset, la francesilla, el Pico del Aguila, el pico que se está gastando Filiberto y el que me voy yo a tener que gastar en

tafetán... Es preciso inventar algo porque lo de subir al Pico del Aguila está en el aire. Aquí viene la Providencia en forma de guía alpino. Este me salva. ¡Otto!

Otto — ¿Quieres ya subir, señor?

Láz. — Simpático guía. (Desesperado.) ¿Pero no ha pensado usted nada para que yo no suba?

Otto — No te asustes, señor. Todo está arreglado. Tú vendrás hasta la Roca del Brillante, a dies metros de aquí. En Roca del Brillante estará un leñador amigo, que viste como tú y subirá con nosotros.

Láz. — No está mal, pero... ¡Ay, amable guía! ¡Ay, que se me ha ocurrido una idea!

Otto — ¿Cuál?

Láz. — Cuando mi mujer salga a despedirme, usted le hace una descripción horrorosa de los peligros que vamos a correr. Ella se asusta. Yo me hago el valiente, usted vuelve a insistir en las descripciones, y estoy seguro de que mi mujer no me deja marchar.

Otto — No eres un bruto, señor.

Láz. — ¡Hombre! ¡Naturalmente! Tenga cien francos y hágame el favor de asustarla mucho. Por ese dinero ya puede usted ser elocuente. (Se lo da.)

Otto — ¡Ah, bien! Yo te prometo por el buen Dios, que la asusto.

Láz. — Ya veremos. Si la hace usted llorar, le daré otros cien francos.

Otto — ¡Oh! Es seguro que llora. ¡Seguro, seguro!... ¡Esto va bien! (Mutis foro derecha.)

Láz. — Todo esto me va a costar un riñón, a más de los tres mil francos de la apuesta de Filiberto, que tendré que pagar. Pero aún es barato, porque si subo, me cuesta los dos riñones... ¡Ah, Señor! ¡Si este hombre conmueve a mi mujer te ofrezco un guía de cera!

ESCENA XIV

LAZARO y BOBETTE, que sale por primero izquierda vestida de aldeana del Tirol. Pasa ante Picacho con la cabeza baja para que éste no la reconozca

Láz. — (La ve sin reconocerla.) ¡Caray! Una aldeana... (Alto. Galante.) Dios te guarde, hermosísima... (La reconoce.) ¡Bobette!

Bob. ¡Carlos! ¡Ja, ja, ja!... (Ríe a carcajadas.)

Láz. (Volviéndose asustado.) ¿Carlos? ¿Dónde está? (Aparte.) ¡Ah, sí! Carlos soy yo. Se me había olvidado.

Bob. ¿Te gusto así? Me he puesto este traje que compré en Berna... ¿Tú sabes? Por si hago algún papel de Suiza.

Láz. Bueno; estás con ese trajecito como para una excursión en un funicular con muchos túneles.

Bob. ¿Te agrado, *mon petit?*

Láz. Se me están ocurriendo unas cosas que... va a tener que dispensarme don Guillermo Tell.

Bob. ¡Oh! ¿Sabes? Te he buscado habitación junto a la mía.

Láz. ¿Junto a la tuya? ¡Pues sí que me la has buscado!

Bob. *Mon cherí*.. Ven a verla.

Láz. ¡No! ¡De ningún modo! Ahora no puede ser. Es imposible. El señor que habrás visto conmigo, es un pariente... Y no le gustaría...

Bob. (Muy cariñosa.) Oye... *mon cher* Carlos... En mi equipaje he encontrado esta fotografía. (Mostrándosela.) ¿Te gusta?

Láz. (La mira distraído.) Preciosa... Una casita... Una vaca... ¡Recorcho! ¿Quién es el *boy-scout* que te está abrazando?

Bob. ¿Que quién es? ¡Tú, *mon petit!*

Láz. (Alarmado.) ¡Repanorama! ¿Qué dices?

Bob. El año pasado, cuando estuviste aquí, al pasear juntos el último día, dije a un *fotógrafo* de sacar instantáneas para recuerdo. ¿Te gusta?

Láz. ¡Un espanto! Y dime, rica, ¿has sacado muchas postales de éstas?

Bob. ¡Quinse! ¡Ya ves si te doy pruebas de amor! ¿Qué te parese?

Láz. Que son demasiadas pruebas.

Bob. Tengo otras en las que se te ve más claro.

Láz. Guárdalas bien. No se te pierdan. Y mira... no las enseñes... ¿sabes?... Porque si mi pariente las ve..

Bob. ¿Qué hase?

Láz. Que las aprovecha para recordatorios.

Bob. (Abrazándole.) ¡Oh, *mon bijou!*

Láz. (Mirando a todas partes, inquieto.) ¡Estate quieta, por favor! No vaya a venir alguno de la compañía, y ya ves ..

Bob. ¿Pero de veras te gusta la postal? Al *fotógrafo* le agradó mucho. Como que estamos expuestos en un salón de Berna.

Láz. Allí estaremos expuestos: pero, ¡anda que aquí!...

Bob. ¡Oh! ¡Que tú eres adorable! (Nuevo abrazo.)

ESCENA XV

DICHOS y DOÑA CANDIDA por foro izquierda. Sale, los ve y da un grito

Cánd. ¡Ah!

Láz. (Aparte.) ¡Santa Rita! ¡Mi mujer!

Bob. (Aparte a Lázaro riéndose.) ¡Oh!... ¡La *característica!*

Láz. (Aparte, rápido a Bobette.) La pobre está loca por mí. Haz todo lo que yo y no me contradigas. (Alto, demostrando no haber visto a doña Cándida.) Pues sí, hija; he tenido un gran placer al verla de nuevo. Otro abrazo en memoria de su pobre padre. (La abraza.)

Cánd. (Avanzando furiosa.) ¿Cómo?

Láz. Llegas a tiempo. Tengo el gusto de presentarte a Madelon Muller, aldeana tirolesa, hija de un pobre hombre que salvé de la muerte.

Cánd. ¡Ah! ¿Sí? (Encantada.) ¿Y por qué no cuentas eso en el libro?

Láz. Lo reservo para el segundo tomo.

Cánd. ¿De modo que tirolesa?

Láz. Sí, tirolesa... del Tirol... de las que cantan... (Bajo a Bobette.) Canta.

Bob. (Cantando y bailando.)
Laitú... lai... lai... la... Laitú... lai... lai... la...

Cánd. ¡Oh, qué pintoresco!

Láz. (A Bobette.) ¡Hija mía! Gracias por haberme venido a visitar. Cuando pase por Lucerna, iré a ver a su anciano padre. (Bajo.) Espérame, que en seguida voy.

Bob. ¡Dios te guarde! (Se dirige al primero derecha cantando y bailando.)
Laitú... lai... lai... la... Laitú... lai... lai... la..

Láz. (Imitándola.)
Laitú... lai... lai... la... Laitú... lai... lai... la...

Cánd. ¡Precioso!.. (Queriendo cantar y bailar también.)

Laitú... lai... lai... la... Laitú... lai... lai... la... Estas cosas no se ven en Madrid.

Láz. He ahí adonde llega mi popularidad. En todos los cantones me conocen y me bendicen. ¿Comprendes ahora mi afición a las montañas?

ESCENA XVI

LÁZARO, DOÑA CANDIDA, CECILIA y ELENA. La una trae un alpenstock y la otra la manta de excursiones

Cec. Papá, se acerca la hora de partir.

Elena Aquí está tu alpenstock.

Láz. (Con énfasis.) La gloria me llama! (Llamando.) ¡Otto!... ¡Rip!... (A doña Cándida.) Ya lo ves; no me asusta el peligro. Doy el ejemplo a mis guías. (aparte.) A ver si no viene Otto y me tengo que ir de verdad. (Llamando fuerte.) ¡Otto!... ¡Otto!... (A doña Cándida.) ¿Has visto qué voz de barítono?

Cánd. ¡No te tiembla! Eres el Joselito de las excursiones alpinas.

ESCENA XVII

DICHOS y OTTO, foro derecha. Después FILIBERTO CAÑEDA, OREJÓN y CABEZA, foro izquierda

Otto (Saliendo.) Ya vengo aquí, señor.

Láz. Otto, despidámonos y en marcha.

Fil. (Saliendo con Orejón y Cabeza. Viene hablando a Cabeza que se muere de miedo. Cabeza trae todos los arreos de marcha.) Vamos, Cabeza. Tenga usted valor. Mire usted a mi heróico cuñado. ¿Verdad que tú no tiemblas?

Láz. (Digno.) ¡Filiberto, esa pregunta!...

Fil. Eres admirable, Lázaro.

Láz. En marcha. (Aparte, a Otto.) A ver si les asusta usted bien.

Otto (Deteniéndose con actitud grave.) Un momento. (A Cándida.) La excursión es peligrosa, señora vieja. Si mañana no habemos venido, que vayan a recoger nuestros *cadavéres* al

Salto de las Gamuzas. ¡Es el sitio peligroso! ¡El abismo del que no se vuelve! (El pobre Cabeza tiembla de miedo cómicamente.)

Láz. (Aparte a Otto.) ¡Bravo! ¡Siga usted!

Otto (Cada vez más lúgubre.) En Suiza todo el mundo lo sabe. Y ese abismo está junto al Pico de la Viuda.

Láz. Vamos, Otto, valor. No sea usted niño. (Aparte.) Siga, que va bien.

Otto (Conmovido.) ¡Y tú, señora, perderás al marido! .. ¡Tú, señora, llorarás!... ¡Porque tú debes llorar, señora! ¡Debes llorar mucho por él!... ¡¡No le verás más, señora!!

Cánd. ¡Lázaro! (Echándose en sus brazos sollozante.) ¡Tu mujer antes que todo! ¡No! ¡No te dejaré ir al Pico!

Láz. ¡Cándida!

Otto (Aparte.) Sien francos más. (Va hacia el foro.)

Cec.
Elena } (Suplicantes.) ¡Papá!...

Láz. (Aparte) Esto está en casa.

Fil. (Al ver la escena, avanzando hacia el centro, dice con gran elocuencia.) ¡Qué asco me dáis! ¿Qué vergüenza es ésta?... Y no es por las tres mil pesetas, no. No me importan. ¡Pero no ir al Pico! ¡Renunciar a la ilusión de toda la vida! ¡Qué diría el mundo! Europa entera tiene sus ojos fijos en ti! (Muy entonado.) ¿Por qué detenerte, si es tu sino? ¿Por qué acobardarte, si es tu gloria? (Gritando.) ¿Por qué? ¿Por qué temblar?...

Todos ¡Bravo! (Aplauden.)

Orejón ¡Muy bien esa romanza!

Cab. ¡Calle usted!

Orejón ¿Pero no está cantando *La Tempestad?*

Cánd. (Sollozando emocionada.) Sí, Lázaro; Filiberto tiene razón. Vé a combatir por la gloria, aunque todos muramos de pena.

Cec.
Elena } (Emocionadas.) Sí, papá. ¡Vé a combatir!...

Otto (Conmovido también.) Vé a combatir, señor. (Dándole la mano.)

Fil. (Abrazándole.) ¡Héroe, muere por la gloria!

Láz. (Se queda de una pieza.) ¡Dios mío! ¡Que se han convencido todos con su elocuencia!... ¡Reniego de Cicerón!

ESCENA XVIII

DICHOS y RUFO FALSET. Sale grave, dramático

Rufo ¡Señor Picacho!...

Láz. (Aparte) ¡Falset! ¡Y qué cara trae! ¿Habrá leído ya el libro?

Rufo La última página...

Láz. (Aparte.) ¡Lo ha leído todo!

Rufo La última página de su gloria acaba usted de escribirla en este instante.

Láz. (Aparte.) ¡No lo ha leído!

Cánd. (Aparte a Elena y Cecilia, refiriéndose a Falset.) Niñas, venid a este lado, no os contagie.
(Elena y Cecilia obedecen.)

Rufo He oído su despedida y voy a hacerle un ruego: permítame que le acompañe.

Láz. (Aparte.) ¡Es lo que me faltaba!

Fil. No puede ser. Su honor está comprometido. Debe ir solo a la muerte.

Láz. (Aparte.) ¡Caray!

Fil. Los hombres valerosos, no temen morir.

Rufo No insisto, querido compañero. (Le da la mano a Lázaro, al acercarse todos retroceden un poco.)

Láz. Bien. Pero antes de partir, ¿por qué no me da usted el ejemplar de mi libro? Querría dedicárselo. Si muero, porque muero, y si no muero, porque muero...

Rufo Al regreso, que ya le habré leído, me pone usted dos letras.

Láz. (Aparte.) Sí; desde China.

Otto ¡En marcha!

Fil. ¡Al Pico del Aguila! (A las señoras.) Pronto veréis en lo alto la bandera.

Láz. No sé... No sé...

Fil. (Mirándole.) ¿Vacilas?

Láz. Que no sé si podréis distinguirlo desde aquí.

Fil. Hay que mirarlo con lentes. (Sacando unos anteojos de larga vista.)

Láz. Vamos, valor... Imitadme. Ya veis que no tiemblo. (Abraza a Cándida y a sus hijas.) ¡Otto! ¡El leñador!... (Olvidándose.)

Todos ¿Cómo? (Extrañados.)

Láz. El leñador con su carga de leña; yo con mi carga de gloria... ¡Adelante! (Echa a andar.)

Cánd. Lázaro, mira dónde pones los piés... ¡Y no tomes frío!

Láz. Débil mujer... ¡Adiós!

Rufo Buena suerte.

Todos ¡Hurra! ¡Hurra!...

Rufo (A Cándida, que retrocede; como todos los demás personajes, al aproximarse él.) Señora, volverá triunfante.

Cánd. (Huyéndole y apartando a sus hijas.) Sí sí...

Rufo (Aparte.) Se diría que huyen de mí. ¡Bah! Voy adentro a leer un rato. Señores... (Saluda. Mutis izquierda. Han ido todos a la cristalería del foro y se ponen a mirar por ella de espaldas al público. Las señoras agitan sus pañuelos. Cañeda prepara su anteojo de larga vista.)

Cánd. Digámosle adiós con los pañuelos hasta perderle de vista.

Fil. (Viene un instante a primer término donde Cabeza está entre sonriente y temeroso.) Cabeza, ¿no han venido sus guías?

Cab. No... No, señor, don Filiberto.

Fil. Parece imposible. (Va a la cristalería y ofrece su anteojo a Cándida.) Cándida, mira con este anteojo. Gracias a él podremos seguir la ascensión hasta aquella roca de la izquierda, sin perder detalle.

Cánd. (Mira con el anteojo.) No puedo distinguirle. Me lo impide el llanto. (A Cecilia.) Mira tú a ver. (Se lo da.)

Cec. (Mirando.) Qué claro lo veo todo.

Cánd. ¿Ves a tu padre y a los guías?

Cec. No.

Fil. (A Cecilia.) Permíteme. (Toma el anteojo y mira.) No tenéis costumbre, y... ¡ya lo creo! Allí están.

Cánd. ¿Dónde? (Quitándole el anteojo vivamente.)

Elena (A Cabeza, que ha ido al foro.) ¿Los distingue usted?

Cab. Yo, no; la verdad.

Cánd. Sigo sin ver nada.

Fil. Pero ¿cómo? A simple vista diviso yo a Lázaro y sus dos guías. Tres puntitos negros.

Cec. Pero no se mueven.

Fil. Eso parece desde aquí. Ahora distingo a Lázaro sobre la cresta. De la cresta llega en seguida al Pico, ya lo verás.

Cab. Pues yo sigo sin ver nada.

Fil. Como que no ve usted de miedo. ¡Ah! ¡Ya descienden por el otro lado!

Todos ¡Bravo! ¡Bravo!

(Todos miran con gran interés.)

ESCENA XIX

CECILIA, ELENA, DOÑA CANDIDA, FILIBERTO CAÑEDA, OREJON, CABEZA, LAZARO y BOBETTE. Estos dos últimos por primer término derecha. Lázaro entra a gatas y así cruza la escena, hasta llegar a los escalones del primer término izquierda, que es el cuarto de Bobette; ésta le viene ocultando con sus faldas, que ahueca con las manos. Ensáyese con escrupuloso cuidado esta escena, ajustando los movimientos de Lázaro a la frase de los otros. El efecto cómico estriba en esa exactitud y en que ninguno de los que miran por el foro vuelva la cabeza

Láz. (En voz baja.) Silencio, Bobette. ¿Mira alguno?

Bob. No.

Láz. ¡Cuidado! (Va avanzando poco a poco cubierto por las faldas de Bobette.)

Fil. (Mirando con su anteojo.) ¡Ahora sí que le veo bien! ¡Está en la falda! (Lázaro avanza poco a poco.) Avanza despacio... (Lázaro se para.) Se detiene... Gatea. (Avanzando a gatas.) Se prepara a subir... (Lázaro, protegido siempre por Bobette, llega junto a los peldaños del primer término izquierda y sube a gatas por los escalones.) Gatea... Sube. ¡Ya sube!

Todos ¡Bravo! ¡Ya sube!... (Aplaudiendo.)

Fil. ¡Qué bien se le ve! (Lázaro se pone en pie y se apoya en un hombro de Bobette para mirar sigilosamente a los del foro, asombrado de lo que dicen.) Ahora está en la garganta... (Lázaro rodea la cintura de Bobette.) Rodea el macizo rocoso... ¡Se agarra!... (Lázaro y Bobette entran en el cuarto.) ¡Entran en la gruta!...

Cánd. Pero ¿cuál es Lázaro?

Fil. Mírale, Cándida. De aquellos tres puntos negros, tu marido es el punto que se pierde de vista. (Lázaro asoma al montante.) Ahora se le vuelve a ver. ¡Ya está en lo más alto!

Todos (Aplauden.) ¡Bravo! ¡Bravo!...

Cánd. ¡Gracias a Dios! ¿De modo que Lázaro logrará su objeto? (Separándose de la cristalería.)

Fil. Oyelo bien, Cándida. Tu marido acaba de

colocarse a una altura donde no llegamos los demás.

Láz. (Aparte.) ¡Muy bien dicho!

Fil. (A Cabeza.) ¡Y usted aquí, tan fresco!...

Cab. Sí, señor; la...

Fil. Venga usted a buscar a los guías. ¡Es inconcebible esa falta de dignidad en un dependiente mayor! (Mutis con Cabeza primer término derecha.)

Elena ¿Vamos a ver si vemos algo?

Cec. Sí; desde aquellas rocas.

Cánd. Vamos, vamos.

(Mutis todos foro derecha.)

ESCENA XX

LAZARO y BOBETTE. Lázaro sale del cuarto primero izquierda. Ella habla desde la misma puerta

Láz. (Apremiante.) Anda, Bobette. No perdamos tiempo. El rápido para París sale dentro de media hora.

Bob. ¡Ah! Olvidaba tus retratos. Los quiero llevar.

Láz. ¡Oh, sí! ¡Recógelos! (Separándose de la puerta.) Sería horrible si los viese mi mujer y mi cuñado. (Vuelve otra vez a la puerta.) Deprisa... ¡Anda, Bobette, no te embobes!

ESCENA XXI

LAZARO, RUFO FALSET y GUIAS 1.° y 2.° con cuerdas. Salen por foro izquierda sigilosos

Rufo (Aparte.) ¡Ahí está! ¿Conque copia mi libro, cuenta sus ascensiones sin realizarlas y luego él y todos se burlan de mí? ¡Veremos ahora quién se ríe! (A los Guías.) Ya lo saben ustedes. Ahí va un revólver. Si es preciso, asústenle; pero que vaya. (Avanza hacia Lázaro, revólver en mano.)

Láz. (Al verle; aterrado.) ¡Falset! (Aparte.) ¡Lo ha leído! ¡Mi madre! ¡Soco!...

Rufo (Apuntándole.) ¡Silencio! (A los guías.) Atenle. (Los guías obedecen, poniéndole las cuerdas como a los alpinistas.)

Láz. (Apuradísimo.) ¡Pero Falset de mi alma!...
Rufo ¿Conque escribe usted mis libros?
Láz. No se enfade usted, querido... colaborador.
Rufo (A los Guías.) ¡Llevadle!
Láz. Pero, ¿a dónde?
Rufo Al Pico del Aguila.
Láz. ¡Falset, que esto es un crimen! (Los Guías le arrastran colocándose uno delante y otro detrás con las cuerdas.) ¡Que no quiero que me asciendan! ¡Que no!... (Mutis primera derecha.)
Rufo ¡Así aprenderá a no burlarse de mí!

ESCENA XXII

RUFO FALSET y BOBETTE

Bob. (Saliendo.) *¡Mon amour!...* Ya estoy dispuesta... (Extrañada al encontrarse con Falset, que conserva su revólver en la mano.) ¿Cómo? ¡No está aquí!... (A Falset.) ¿Caballero, qué ha hecho usted de *mon amour?*
Rufo (Sonríe.) Va camino de la montaña. (Saluda y hace mutis.)
Bob. (Al verle partir.) ¡Oh, *mon Dieu!...* (Asustada.) ¡Este hombre!... ¡Si fuese un *apache!...* (Gritando desesperada en los laterales.) ¡A mí!... ¡Socorro!... ¡Al asesino!... ¡A mí!

ESCENA XXIII

BOBETTE, FILIBERTO CAÑEDA, DOÑA CANDIDA, CABEZA, CECILIA y ELENA. Al final OREJON. Todos salen por los distintos lados de sus mutis anteriores

Fil. ¿Qué es eso?
Cánd. ¡La aldeana!
Cab. (Miedoso.) ¿A quién han matado?
Bob. (Desesperada.) ¡Horrible! ¡Me han robado *mon amour!...* ¡Se lo llevan a la montaña!...
Cánd. ¿Quién?
Bob. ¡Un *apache!* ¡No le conosco!
Cánd. ¿Y ha ido a la montaña? Tiemblo por Lázaro.
Fil. ¿Pero quién es su novio, joven aldeana? ¿Es algún guía?
Bob. ¡Oh, no! *¡Mon amour* es Carlos Laforga!

Cec. ¡El!... ¡Ah! (Se desmaya en brazos de los otros. Confusión.)

Cánd. ¡Dios mío! ¡Cecilia, hija del alma!

Fil. ¡Sobrina!

Cab. (Acercándose azorado.) ¡Desabrochadla el corsé!... ¡Pronto! ¡Desabrochadla!

Cánd. ¡Infame! ¡Bandido! ¡Siendo novio de este ángel, tener otros amores!... ¡Y ella misma se lo dice!... (A Bobette.) ¡Oh! ¿Qué ha hecho usted, desgraciada?

Orejón (Entrando muy contento.) ¡Hurrah!. . ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurrah!... ¡Ya sube Picacho!... ¡Ya sube! ¡Acabo de verle! ¡Enhorabuena a todos! ¡Enhorabuena! (La confusión sigue. Todos van y vienen. Nadie hace caso a Orejón.)

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Anochece. Las luces eléctricas de la escena están encendidas

ESCENA PRIMERA

MAITRE y CAMARERO. Sucesivamente ELENA, FILIBERTO CAÑEDA, OREJON y CABEZA. La acción continúa. Se supone que entre el acto anterior y éste transcurre media hora. En escena Maitre. El Camarero sale del foro izquierda

Maitre ¿Se calmaron ya las señoras?

Cam. Siguen lo mismo. Yo no he visto nunca tantos ataques de nervios. Me duelen los brazos de servir tazas de tila.
(Timbres dentro.)

Elena (Saliendo por el foro izquierda,) Maitre, ¿hace el favor? Un frasco de sales inglesas. (Mutis.)

Maitre Vaya usted, Franz. ¡Vaya usted!

Fil. (Saliendo.) ¡A ver! ¡Pronto! ¡Tres tazas de tila!... ¡Ah! Que no toquen los timbres, que le recuerda el cine donde se conocieron. (Mutis.)

Maitre ¡Bien! (Gritando, al lateral derecha.) ¡Tres tazas de tila! ¡No toquen los timbres!.

Orejón (Saliendo. Trae una botella de agua de azahar y una copa. Viene muy nervioso y sin darse cuenta, se sirve y bebe varias copas.) ¡Maitre! Haga al favor. Otra botella de agua de azahar. ¡Pronto!... ¡Dios mío, qué hecatombe!... (Mutis.)

Maitre (Gritando, al lateral derecha.) ¡Agua de azahar otra botella!

Cab. (Saliendo.) ¿Tienen ustedes antiespamódicos?

Maitre No sé. Buscaremos en el botiquín.

(Entra el Camarero con un frasco de sales y una bandeja de tazas de tila.)

Cab. ¡Ah! Que se lleven las flores del salón, que le recuerda los ramos con que la obsequiaba. (Suena dentro un vals.)

Maitre Franz: al salir, tráigase los búcaros de flores. (Franz hace mutis foro izquierda)

Cab. ¡Pobre muchacha y pobre madre! ¡Veinticuatro síncopes llevan, alternando entre las dos!

Fil. (Saliendo airado.) ¡Ese piano, que se calle! ¡Precisamente ir a tocar un vals lleno de recuerdos para mi sobrina!... (Mutis.)

Maitre Está bien, señor. (Al Camarero, que vuelve por el foro izquierda con varios búcaros de flores.) A la señorita del 15 que haga el favor de no tocar, que hay enfermos.

Cam. ¡Bueno! (Mutis segunda izquierda.)

Maitre Esto no es un hotel; esto parese una ambulancia de la Cruz Roja. (Mutis por el segundo término izquierda.)

ESCENA II

MAITRE y CAMARERO

Tras breve pausa se oye dentro hacia la derecha un confuso rumor de voces y un grito lejano

Voz (Dentro.) ¡Ooooh!...

Maitre (Que sale precipitadamente con el Camarero del segundo término izquierda al foro derecha.) ¡Ese grito!... ¡Algo ha sucedido!

Cam. Parece que piden socorro.

Maitre Acaso un accidente.

(Mutis los dos foro derecha.)

ESCENA III

FILIBERTO, CABEZA, DOÑA CANDIDA, CECILIA, ELENA y OREJON. A poco MAITRE y CAMARERO. Después OTTO, RIP y CARLOS. Luego LAZARO

Fil. (Saliendo.) ¿Qué ocurre?

Cab. (Idem.) Se oyó gritar.

Cánd. (Idem.) ¡Ay! ¿Qué pasa? (Con angustia.) ¡Pronto! ¡Decídmelo!... ¿Lázaro?...

Cec. (Saliendo con Elena.) ¡Mamá! ¡Mamá!

Elena ¿Qué ha ocurrido?

Orejón ¿Qué hay?

Maitre (Entrando por el foro derecha como una flecha, va al lateral segundo izquierda y grita.) ¡Cocineros! ¡Dos grandes calderos de tila!

Cánd. ¡Ah! ¿Qué ha sido? ¡Por favor! (Al Camarero, que entra.) ¡Hable!

Cam. ¡Un accidente! (Va junto al Maitre.)

Cánd. ¡Ah! ¡Viuda!

Elena ¿Cómo? ¿Papá?... (Va al foro derecha.)

Fil. (Idem.) Le traen dos guías.

Cec. (Idem.) Son Otto y Rip.

Cánd. ¡El! (Grito. Va al foro derecha.)

Cab. No. No es él.

Otto (Sale con Rip y entre los dos traen a Carlos medio desvanecido, con el traje roto y sucio.) ¡Paso! ¡Paso a la *victíma!*

Cec. ¡Ah! Es Carlos. (Se echa a llorar en el hombro de su madre.)

Car. (Con voz desfallecida.) ¡Cecilia!... ¡Ah!... (Finge desvanecerse sobre una silla.)

Cam. ¡Otro síncope!

Fil. ¡A ver! ¡El corazón!

Orejón (Que ausculta a Carlos, se levanta trágico.) ¡No le late!

Fil. (Apartándole furioso.) Para usted como no tu viese un tambor. (Le ausculta él.)

Cánd. Pero ¿qué fué? (Más tranquila al ver que no e Lázaro.)

Otto Tropezó... Resbaló... Cayó...

Fil. ¿Dónde?

Rip En el Pico de la Viuda.

Cab. (Aparte.) ¡Si llego yo a ir!...

Láz. (Entra decidido por el foro derecha; pero al ver tanta gente, queda en la galería.) Voy a ver si... ¡Canario! ¡Consejo de familia! ¿Habrá hablado Falset?

Otto ¡Ha sido horrible! ¡Cayó desde sien metros!...

Todos ¡Oh!...

Láz. (Aparte.) ¿Cien metros?... ¿No serán cien francos?

Cánd. ¿Por qué subió? Estas excursiones sólo puede intentarlas un práctico o un héroe como mi marido.

Láz. (Aparte.) Falset no ha hablado todavía.

Otto ¡Ah, señora! El pobre joven quería demostrar su cariño a una mujer.

Cec. ¡Herido por mí!...

Cánd. (Aparte, a Cecilia.) O por la otra, ¿quién sabe? Dígame, Carlos, ¿no ha visto a mi marido en la montaña?

Car. No. No estaba allí... ¡No se atreve!...

Láz. (Aparte.) ¡Ah, bandido! ¡Ahora verás!

Cánd. ¿Dónde estaha entonces?

Láz. (Avanza con gallardía, se coloca en el centro y dice:) ¡Salvando a este infeliz! Le vi vacilar desde unas rocas, donde yo me encontraba suspendido de una cuerda... ¡Claro! Al fin, un pobre principiante...

Car. (Aparte.) ¿Eh? ¡Qué frescura!

Láz. Su pie inseguro, resbalaba sobre las nieves. ¡Por último, cayo! Poca cosa... un metro veinticinco centímetros. Pero si no es por mí, que para salvarle di un salto de veinte metros sobre el abismo sin fondo, hubiese resbalado nuevamente. ¡Me debe la vida! (Murmullos de aprobación.)

Car. (Aparte.) ¡Pero este tío es una nevera! (Alto, después de simular que vuelve en sí.) No... No es él quien me ha salvado... Ese hombre miente.

Todos. ¿Cómo?

Láz. ¡Infeliz! Ya está con el llamado delirio de las montañas. A todos los que suben por primera vez les suele dar.

Car. ¡No! ¡No me ha salvado!... No es verdad... Este hombre no sube ni a un piso segundo.

Cánd. ¡Carlos! Eso que dice usted de mi esposo...

Láz. Es el delirio... Y la mayor prueba de mi veracidad es esta. ¿Quién le ha traído? Mis fieles guías Otto y Rip. Decidlo vosotros. No está bien que yo me alabe. (Aparte a Otto.)

Otto (Por Lázaro.) ¡Oh! ¡Es un héroe!

Rip ¡Un gran valor!

Otto Sube a trescientos... Sube a cuatrosientos... Sube... (Con intención.)

Láz. (Aparte, a Otto.) No subas más, que no hay de qué.

Car. (Aparte.) ¡Imposible vencer a este Picacho!

Cánd. (A Carlos, indignada.) ¡Así trata usted a este gran hombre que le salvó la vida! ¡Pagándole con insultos!

Cec. (A Carlos.) ¡Es usted un ingrato!

Fil. (Amenazador.) ¡Desagradecido! ¡Ofender a una

gloria nacional! Si no fuese por el delirio, le abofeteaba.

Láz. Dejadle. Ya reconocerá algún día su error.

Fil. ¡Qué noble eres, Lázaro!

Car. (Aparte.) ¿A que todavía le tengo que dar las gracias?

Láz. Pasemos al comedor. Estoy emocionado.

Orejón ¡Viva el hombre que ha subido a la más alta cima!

Todos ¡Viva!

Cab. (Aparte.) Yo le daría mejor un viva por haber bajado. Así no tengo yo que subir.

(Se lo llevan entre todos foro izquierda. Quedan solos en escena Carlos, doña Cándida y Cañeda. Estos dos se acercan con desdén a Carlos y le dicen:)

Cánd. No he querido hablar delante de mi pobre hija, pero lo sabemos todo.

Car. ¿Cómo?

Fil. Nos lo dijo alguien que no quisimos citar delante de mi sobrina.

Cánd. Esa ascensión no ha sido espontánea, bien lo sabe usted, y lo otro... es una ofensa.

Car. ¿Ofensa?

Fil Sí ,señor. El hombre que aprovechándose de la sencillez y el candor aldeanos, logra la complicidad... pecaminosa... de una... ¡bueno!, de alguien de este país, y a ese alguien le roba, como usted hizo, su consentimiento para un acto... reprochable...

Car. (Aparte.) Bueno, el guía debe haberles contado todo. (Alto.) Caballero... ¡Alto ahí! Yo no he robado nada a esa persona. Lo que conseguí fué dándole doscientos cincuenta francos.

Cánd. ¡Señor mío! Calle usted esos tratos vergonzosos delante de una señora. Si esa persona accedió en un momento de disculpable debilidad, lo hizo seguramente porque le creía a usted amigo de mi marido. Sepa usted que Lázaro salvó de la muerte al padre de... esa persona.

Car. En suma; yo estimo que en todo esto no hay nada deshonroso. Por el amor de una mujer se hacen las mayores locuras. La cosa se redujo a un simulacro. Esa persona y yo fuimos juntos por la nieve, y en cuanto comprendí que nadie podía vernos me revolqué en la tierra...

Cánd. (Escandalizada.) ¡Suprima esos detalles delante de una dama.

Car. Bien. Ya han visto ustedes cómo venía, y pueden juzgar del destrozo que hice...

Fil. (Con desprecio.) Señor mío, ¡es usted inmundo!...

Car. ¿Cómo?

Fil. ¡Inmundo! ¡Esa es la palabra!

Cánd. (Aparte, al mutis, a Cañeda.) ¡Qué descaro para hablar de su amante!

(Mutis los dos.)

Car. (Aparte.) ¡Pues sí que puede uno fiarse de la discreción de los guías! ¡Ah! Pero yo juro que Picacho no se ríe de mí. Yo encontraré modo de descubrirle. Por lo pronto aconsejaré al verdadero autor del libro, que según me ha dicho Otto, está aquí, que le descubra, y entonces...

ESCENA IV

CARLOS y BOBETTE

Bob. (Por primero derecha, con un retrato en la mano. Declamando con angustioso acento.)

«Pues que sus puertas me *ciegá*
de mis pasos en la *tiegá*
c'est le responsable le ciel ¡Moi non!»

Car. (Aparte.) ¡Demonio! ¡Una entusiasta de *Don Juan Tenorio*. ¡Qué extraño! Una aldeana.

Bob. (Aparte.) Tiemblo de preguntar si el accidente de que hablan... (Alto a Carlos.) Caballero, *par pitié*... ¿Ha ocurrido un accidente aquí? ¿Sabe usted quién es la víctima?

Car. La víctima he sido yo.

Bob. ¿Usted? ¡Oh, cuánto me alegro!

Car. (Irónico.) Muchas gracias

Bob. ¡Oh, pardón! Dispense. Ha sido sin queguer. Yo estaba tan triste... Creí que le había ocuguido una desgrasia a mi amor. (Besando el retrato.) ¡Oh, mon petit!

Car. ¿Es ese el retrato de su amor? (Aparte.) De seguro un guía.

Bob. ¡Oh! Vea usted. (Le da la fotografía.) Abrasado conmigo.

Car. (Aparte.) ¡Eh! ¡Demonio! ¡Pero si este es Picacho! Ahora recuerdo que me habló de una

francesita con la que entretenía sus ocios. Y es ésta. ¡No tiene mal gusto!

Bob. ¿Me guarda usted rencor?

Car. ¡Quien piensa en eso! Usted no puede figurarse el placer y la alegría que experimento.

Bob. ¿Y usted no sabe si ha vuelto mon amour?

Car (Aparte.) ¡Hermosa ocasión para devolverle su jugarreta. (Alto.) Señorita... Yo no estoy muy seguro, pero me parece haberle visto aquí con una señora gruesa...

Bob. (Muy contenta.) ¡Oh, sí! La *caracteristíca*! ¡Oh! ¡Mercí!... ¡Oh! ¡Que usted me hase dichosa!

Car. Precisamente viene hacia acá, puede usted preguntarle... Servidor de usted. (Aparte.) Creo que esta vez Picacho no va a reirse de mí. (Mutis foro derecha.)

ESCENA V

BOBETTE, DOÑA CANDIDA y FILIBERTO

Bob. (Yendo al encuentro de Cándida.) ¡Madame!... ¡Madame!...

Cánd. (Aparte a Cañeda.) ¡Pobrecilla! Me da pena la infeliz. ¡Qué cosas haceis los hombres!

Fil. (Aparte a Cándida.) ¡Hacen, Cándida, hacen! Yo no las abandono después.

Bob. Me han dicho que Carlos es ya de regreso.

Cánd. Sí, hija mía; acabamos de hablar ahora mismo con él aquí. (Con severidad.) Por cierto que nos ha contado las escenas de la nieve.

Bob. (Fingiendo rubor.) ¡Oh, sí! Paseábamos algunas veces... (Baja los ojos.)

Cánd. (Severa.) Hija mía, ¿y quién la manda a usted ir a paseo?

Bob. ¡Es tan bonito el panorama!...

Cánd. Pues ya ve usted la serie de disgustos que ahora nos cuesta. (Al ver entrar a Lázaro.) ¡Mire! ¡Mire quién esta ahí!

ESCENA VI

DICHOS y LAZARO

Láz. (Saliendo.) Oye, Filiberto; yo... (Aparte.) ¡Bobette aquí!... ¡Me partió!

Bob. (Corre hacia Lázaro y se precipita en sus brazos.) ¡Oh! ¡Qué plaser!

Láz. (Azorado al recibir el abrazo. Aparte.) ¡Calla!... ¡Bobette! (Ella se suelta.)

Fil. (Aparte a Cándida.) Oye, tú, que le abraza.

Cánd. (Aparte a Cañeda.) Déjala. ¡Pobre! Mi marido es como un segundo padre para esa desdichada. En una ocasión salvó la vida al padre verdadero. ¿Cómo no ha de abrazarle ahora que le ha arrebatado su honor ese Carlos que?...

Fil. (Aparte a Cándida.) Sí, hija, sí. Tienes un marido admirable en todo. (Solemne a Lázaro.) ¡Lázaro, consuela a esa pobre niña!

Láz. (Azorado.) Pero yo...

Cánd. Haz que olvide la infamia de Carlos. ¡Piensa que eres el único pecho donde apoyarse que tiene en el mundo!

Láz. Pero comprenderás...

Fil. Es tu deber. Que vea que aún no está sola.

Cánd. Tenemos dos hijas. Que sea ésta para ti una más.. ¡una más!... (Medio mutis con Filiberto.)

Láz. (Aparte.) ¿Pero se estarán burlando o será de veras?

Fil. Cuando estés más sosegado te diremos una cosa tremenda sobre tu libro.

(Mutis Cándida y Filiberto, foro izquierda.)

Láz. (Aparte.) ¡Dios mío! ¡Ya lo saben!

ESCENA VII

LAZARO y BOBETTE

Bob. Y ahora, mon amour, a París.

Láz. No, Bobette. Yo estoy en este instante sobre una mina que puede estallar o en el Limbo rodeado de ángeles. No lo sé a punto fijo.

Bob. ¿Qué dises?

Láz. No quieras comprender. Vete tú sola a París. Dame tus señas, yo iré a visitarte.

Bob. ¿Me abandonas?

Láz. No es eso. Yo te juro...

Bob. ¿Sin tomarme siquiera el billete?

Láz. Me ocuparé de todo, descuida.

Bob. ¿No nos volveremos a ver?

Láz. Sí, Bobette, sí.

Bob. ¿Y me llevarás a tu teatro?

Láz. Está prometido. En teatro donde yo sea empresa, trabajas tú, ¡no faltaba más!

Bob. Entonces, hasta ahora. ¡Adiós, mon cherí!

Láz. ¡Adiós! ¡Anda a vestirte! ¡Pronto! ¡Y si no nos vemos antes de partir, sé dichosa!

Bob. ¡Oh! ¡Lo juro! El hombre que más he queguido, siempre lo diré, es Carlos Laforga... (Mutis primero izquierda.)

ESCENA VIII

LAZARO, FILIBERTO y DOÑA CANDIDA

Fil. Está solo. Ven, Cándida.

Cánd. ¡Lázaro!
(Los dos traen cara de palo.)

Láz. (Aparte.) ¡Ay, qué serios vienen! ¡Llegó mi hora! ¡Lo saben todo!

Fil. Lázaro, hay momentos en que un hombre tiene que echar mano de todas sus fuerzas...

Láz. (Aparte.) Se está preparando para darme una bofetada.

Fil. Y aun esas fuerzas le parecen pocas.

Láz (Aparte.) No va a ser bofetada, va a ser un choque de trenes.

Cánd. Ha llegado el momento de decirte algo espantoso.

Láz. ¿Qué? (Parapetándose tras de un mueble.)

Cánd. ¡Toma este libro! (Le da uno verde.)

Láz. Mira, Cándida... que...

Fil. (Imperativo.) ¡Lee ese libro!

Láz. Pero si yo... Sí .. Os aseguro... (Después de muchas dudas abre el libro y lee.) «Las treinta excursiones alpinas de Rufo Fal... Falset.»

Cánd. ¿Qué dices a eso?

Fil. ¿Qué dices, Lázaro?

Láz. ¡Calma! Tened un poco de calma y os explicaré.

Cánd. ¡No expliques nada! Hay cosas que no tienen explicación. Un plagio tan descarado sólo merece el desprecio.

Láz. Te diré... A veces hay razones que justifican...

Fil. ¡No es posible! Así, pues, ahora mismo vas a decirle a ese miserable lo que pensamos todos de su indigna conducta.

Láz. (*Asombradísimo.*) ¿Eh?

Cánd. Ahora mismo le vas a poner hecho un trapo para que aprenda a respetar lo ajeno.

Láz. Bueno, pero... ¿a quién?

Fil. ¿Y aún lo preguntas? Al ladrón de tu ingenio, al ratero de tu gloria, al cínico y plagiario de Falset, que no contento con copiarte palabra por palabra tu libro, tiene la audacia de enviarle un ejemplar a tu señora.

Láz. ¿Sí?

Cánd. Pero, ¿no te indignas?

Láz. Sí, hija, sí. ¡Ya lo creo! Empiezo a indignarme. ¡Pues no faltaba más!

Fil. ¡Y pensar que mi sobrina Elena ha podido escuchar las frases de amor de ese granuja!

Cánd. Gracias a que tú, con un golpe de vista admirable, tratabas de alejarnos de él.

Láz. ¡Claro, hija! Yo... Sin embargo, no exageremos. En literatura coinciden los autores con gran facilidad. Se dan casos...

Fil. (*Indignado.*) ¿Pero tratas aún de defenderle?

Láz. No, hombre. ¿Defenderle yo? ¡No faltaba más! ¡Le desprecio, le!...

Cánd. Pues prepárate a decírselo.

Láz. (*Asustado.*) ¿A decírselo?

Cánd. Le envié recado con el camarero de que le aguardas aquí.

Láz. (*Aparte.*) ¡Ahora sí que me he caído! (*Alto.*) ¿Lo ves, Cándida? Pues has hecho mal. Es honrarle demasiado. Estas cosas se desprecian. Es lo mejor. El desdén con el desdén. Ahora mismo me voy. (*Intención mutis.*)

Fil. (*Serio.*) ¡Oye, Lázaro! ¿Es que tienes miedo?

Láz. ¿Miedo yo?... ¡Sí! ¡Tengo miedo!

Fil. ¿Tú? (*No es un hombre, es una hiena.*)

Láz. Pero es de mí mismo. Si le veo en mi presencia no voy a poder dominarme. ¡Me conozco! Empezamos a discutir y probablemente sale de esta habitación un cadáver. (*Aparte.*) ¡El mío!

Fil. ¡Mejor! Hay que hacer un escarmiento. Además, no temas. Estaremos ahí al lado. A la menor violencia por tu parte, seremos dos tigres.

Láz. ¡No! ¡Eso sí que no!

Cánd. Desde esa habitación te oiremos en cuanto hables alto. Y si no te respeta ..

Fil. ¡Ay de él! ¡Vamos, Cándida!

Cánd. Ya viene. ¡Energía!

Fil. ¡Lázaro, procura que oigamos las bofetadas! (Mutis segundo término derecha, cerrando la puerta.)

Láz. Las oireis. Pero no salgais, pase lo que pase. (Aparte.) ¡Tan ricamente como estaría yo ahora en el Perú!

ESCENA IX

LAZARO y RUFO FALSET, foro derecha. Al final CAMARERO, cuando se indica en el diálogo. DOÑA CANDIDA y FILIBERTO CAÑEDA, dentro

Rufo (Entra con exagerada y burlona cortesía y dice muy atento, dirigiéndose a Lázaro.) Me ha anunciado el camarero que deseaba usted hablarme.

Láz. (Muy azorado y miedoso.) Tanto como desearlo... no... Es decir... Lo que lamento es la molestia que le proporciono.

Rufo Ninguna. (Intencionado.) Y dígame: ¿sentó bien la excursión?

Láz. (Sin saber qué decir.) Sí... El panorama es hermoso... Estoy encantado.

Rufo ¿Piensa usted repetirla?

Láz. ¡No! No, señor... (Temeroso.) A menos que...

Rufo Yo... Como leí en su libro «Las treinta excursiones del alpinista Picacho...» Y sólo va una...

Láz. (Riendo forzado.) ¡Claro está! Faltan... Faltan veintinueve justas.

Rufo Es usted un formidable matemático. Yo también...

Láz. ¿Sí?... (Aparte.) ¡Este me divide!

Rufo Leí su libro. ¡No sabe usted lo que me deleita!

Láz. Y a mí el su... el suyo... Un lenguaje... una facilidad de narración... tan interesante...

Rufo ¡Oh! Pues, ¿y el de usted?

Láz. No lo he leído... Es decir... Verdad que como se parecen tanto..

Fil.
Cánd. } (Dentro.) ¡Ejem! ¡Ejem! (Tosen.)

Láz. (Aparte.) ¡Demonio! Mi mujer y Filiberto se impacientan! Me había olvidado de ellos. (Alto, dando verdaderos gritos.) ¡Sí, señor! ¡Parecidos! ¡Demasiado parecidos!

Rufo (Natural.) Eso digo yo.

Láz. (Gritando,) ¡Y yo! Sí, señor, ¡y yo! (Cada vez que grita se aproxima a la puerta primera derecha para que le oigan mejor.)

Rufo (Molesto.) Señor mío, esas voces..

Láz. (Muy amable y en voz baja.) Es mi modo de hablar. Una costumbre. Perdone usted.

Rufo Pues yo he de confesarle que la lectura de su libro me ha hecho pensar un poco sobre la fragilidad de las cosas humanas y la fragilidad de otras muchas cosas.

Láz. (Aparte.) Fragilidad y me mira las narices.. ¿Pensará rompérmelas?

Rufo Y voy a decirle ..

Láz. ¡Basta! Lo adivino.

Rufo ¡Ah! ¿Sí?

Láz. Va usted a decirme y con justísima razón: (Gritando mucho para que le oigan dentro.) ¡Caballero! ¡Su libro es letra por letra un plagio del mío! ¡Su desfachatez al hacerlo llegar a mis manos no tiene excusa! ¡Su audacia al copiarle es indigna! ¡Y yo dudo, si despreciarle como merece, o hacer un honor castigando con mi mano honrada su rostro miserable!

Fil. / Cánd. (Dentro.) ¡Bravo! ¡Muy bien!

Rufo (Extrañado.) ¿Qué pasa ahí?

Láz. (Con azoramiento.) Nada; están felicitando a un turista que acaba de llegar.

Rufo Confieso que no pensaba hablarle con tanta dureza, pero usted se ha adelantado.

Láz. (En voz baja.) Y a todo eso yo respondería a usted: (Baja la voz como si estuviese confesando.) Hay ocasiones en que la casualidad nos empuja. Yo copié esas cartas por justificar ante mi mujer una calaveradilla. Yo no pensaba entonces que se le ocurriese a mi mujer la idea peregrina de publicar la colección. Soy por lo tanto, inocente. La culpa es de la fatalidad.

(El CAMARERO entra por foro izquierda y va a la mesa a recoger periódicos.)

Rufo (Molesto ya.) Bien. Pero eso no obsta para que el autor del libro sea yo. Eso no obsta para que la obra «Las treinta excursiones de un alpinista» sea mía.

Cam. (Aparte. Escuchando.) ¿Suya?

Láz Pero...

Rufo — Sí, señor. Mía y no de usted, como aparece impresa.

Cam. — (Aparte.) ¡Ah! ¿Conque era este el que me trataba mal? Ahora va a ver quién soy yo. (Alto, dirigiéndose airado a Falset.) Caballero: ¿usted ha publicado en su libro cosas contra mí?

Rufo — Sí, señor.

Cam. — ¿Usted ha querido quitarme el pan desacreditándome?

Rufo — Sí, señor. Y con justicia, por majadero.

Cam. — ¿Majadero? ¡Aprenda usted a respetar a un hombre honrado! (Le suelta una bofetada que se oye en Lima. Al momento hace mutis rápido por segunda izquierda.)

Rufo — (Airado.) ¡Ah! ¡Yo sabré castigar al atrevido! (Mutis tras el Camarero.)

Cánd. — (Saliendo entusiasmada.) ¡Bravo, Lázaro! ¡Muy bien!

Fil. — (Idem.) ¡Enorme! ¡Brutal! ¡Qué soberbia bofetada le has pegado! ¡Esto no es un marido, Cándida! ¡Esto es un león! Vamos a contárselo a las chicas.

Cánd. — ¡Qué hombre! ¡Qué hombre! (Mutis los dos foro izquierda.)

ESCENA X

LAZARO y OTTO; este por el foro derecha

Láz. — Decididamente, el que no crea en la Suprema Justicia es un perfecto chorlito.

Otto — (Acercándosele con misterio.) Señor. Oye, señor.

Láz. — ¿Qué quiere usted, Otto?

Otto — Yo oí lo que desías al señor Falset. Tú me has pagado espléndidamente y vengo a desirte: ¡no te acobardes, señor!

Láz. — ¿Pues qué ocurre?

Otto — Tú no sabes.. Falset se pone orgulloso, pero tampoco él ha subido al Paso del Infierno.

Láz. — (Estupefacto.) ¿Que no ha subido Falset?

Otto — No ha subido ningún turista. Todos pagan porque lo digamos. Y él pagaba también a Rip y yo para oir contar lo que veíamos y escribir en cuadernos.

Láz. — (Abrazándole.) ¡Ay, Otto! Tú eres la voz de la

Divina Providencia que habla mal el español. Toma los cuatrocientos francos que te prometí y cien más por el servicio, honrado guía. (Se los da.)

Otto Grasias; señor.

Láz. Vete. Falset vuelve hacia aquí.

Otto Como mandes, señor. (Mutis foro derecha.)

Láz. (Aparte.) ¡Falset! ¡Con las noticias que he sabido, tiembla gran alpinista! ¡Te has caído!

ESCENA XI

LAZARO y FALSET

Rufo (Viene colérico.) No he podido alcanzarle, pero me he de cobrar la bofetada.

Láz. ¿Pero está usted seguro de que la recibió?

Rufo Señor Picacho: Terminemos de una vez. No es cosa de seguir la broma.

Láz. Ya le escucho.

Rufo Yo quiero a su hija Elena y estoy dispuesto a transijir por todo si me la concede.

Láz. Una pregunta. ¿Cuándo piensa usted subir de verdad al Paso del Infierno?

Rufo (Algo desconcertado.) ¿Qué dice usted?

Láz. ¡Es aquello tan hermoso!... Sobre todo en verano. Magníficos horizontes... Perspectivas admirables... Bosques de pinos...

Rufo (Un poco azorado.) No sé a qué viene ahora...

Láz. La ascensión es fatigosísima... Se acalora uno... Pero en cuanto llegue a la cima... ¡está usted fresco!

Rufo (Muy inquieto.) ¿Cómo?

Láz. ¡Que está usted fresco!

Rufo (Inquietísimo.) ¿Qué quiere usted decir?

Láz. (Dejando la ironía y tomando un tono de indignación.) Que basta de farsa, señor Falset. Yo le creía una persona seria y me está usted resultando un don Nicanor tocando el tambor.

Rufo ¿Yo?

Láz. ¡Usted! ¡Usted, que no ha subido en su vida ni una mala cuesta! Antes quise saber hasta dónde llegaba su audacia y he podido convencerme. Aquí no hay más que un alpinista, yo; y un fresco, usted. Aquí no hay más que un escritor original de ese libro de excursiones, ¡yo!

Rufo Permítame: mi libro fué hecho sobre los relatos de los guías Otto y Rip.

Láz. Y los guías—¿no lo comprende usted?—le sacaban el dinero, estudiándose de memoria las descripciones de mi libro.

Rufo (Que no puede tragarse una mentira de tanto calibre, dice ya indignado.) Bueno, señor Picacho; eso es un embuste.

Láz. (Conciliador, persuasivo.) Eso es lo que yo necesito que diga usted a Cándida si algo se descubre, y como primera condición para concederle la mano de Elena. La segunda condición...

Rufo ¿Cuál es?

Láz. ¡Que suba antes de la boda al Paso del Infierno!

Rufo (Estupefacto y miedoso.) ¿Yo?

Láz. No puedo tener un yerno que mienta con ese descaro en letras de molde.

Rufo Pero...

Láz. ¡Lo dicho! (Ve por el lateral, foro izquierda, que llegan los demás.) Vienen. Silencio. Ya lo sabe. Usted es quien me copió a mí. Usted subirá a la montaña.

Rufo ¿Y usted?

Láz. (Con orgullo.) Yo soy... ¡Picacho! ¡El gran Picacho!

ESCENA XII

DICHOS, DOÑA CANDIDA, CECILIA, ELENA, FILIBERTO CAÑEDA, CABEZA y OREJON. Después CARLOS

Cánd. (Saliendo con los demás.) Lázaro.

Láz. ¡Cándida, esposa mía!... Venid todos. El señor Falset reconoce noblemente sus yerros, y yo, al verle arrepentido, le otorgo la mano de Elena.

Rufo (Con efusión.) Gracias.

Cánd. (A Elena.) ¿Accedes gustosa?

Elena (Con rubor.) Mamá... sí.

Car. (Entra por el foro decidido y exclama al verlos. Aparte.) En familia. Esta es la ocasión. (Decidido.) Señor Picacho...

Láz. (Cariñoso.) ¡Querido Carlitos!

Car. (Dirigiéndose a todos.) La presencia aquí del señor Falset me demuestra que todos ustedes

saben lo que venía a decirles. Don Lázaro copió sus cartas del libro de Falset.

Cánd. (Aparte.) ¿Pero todavía se atreve?

Rufo Perdone usted. El que copió su libro al señor Picacho he sido yo.

Car. (Aparte.) ¡Señor! ¿Estaré soñando?

Fil. ¡Qué enorme eres!... ¡Aprenda usted de él, Cabeza!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y BOBETTE por primera izquierda, con traje de viaje y CAMARERO por el foro

Bob. (Saliendo.) Garson. Mes maletas.

(El Camarero obedece. Entra por las maletas al cuarto primer término izquierda y se las lleva por el foro derecha.)

Láz. (Aparte, asustado.) ¡Bobette! ¡Ahora va a descubrirse todo!

Cánd. (A Lázaro, un poco extrañada.) Mira qué elegante se ha puesto.

Láz. (Aparte a Cándida.) ¡No!... ¡La pobre!... Un abrigo prestado...

Bob. No quiero marchar sin darles gracias a todos. Me voy triste... ¡Muy triste!... El único hombre que he amado en este mundo, lo diré siempre, es...

Láz. (Interrumpiéndola, rápido.) ¡Soy yo! ¡Lo sé! (Aparte a Cándida.) Evitemos a Cecilia ese pesar. (Alto a Bobette, yendo a su lado.) ¡Adiós, hija mía! (La abraza.)

Car. (Asombradísimo.) ¿Eh?

Cec. (Aparte a Cándida.) Pero, mamá, ¿tú permites que la abrace?

Cánd. (Solemne.) ¡Silencio! ¡Tu padre es un santo!

Láz. Vé, hija. Llora aquel amor de un hombre falso. Llora y piensa que no estás sola en el mundo. ¡Te quedo yo!

Bob. ¡Oh! ¡Lo sé! Adiós, señores. (Mutis primer término derecha.)

Fil. ¡Qué emocionante! (Solemne.) Lázaro... si esa niña es demasiado peso para ti, yo me encargo de ella.

Láz. (Conmovido.) Gracias, Filiberto; pero yo siempre cumplo mi deber.

Car. ¡No hay quien pueda con usted! ¡Me rindo a la evidencia!

Láz. (Magnánimo.) Y yo... perdono, olvido y concedo a usted la mano de mi hija.

Cec. Papá... Pero esa mujer...

Cánd. ¡Obedece a este santo! (Conmovida.) Lázaro, ¡deja que te abrace!

Todos ¡Y yo! ¡Y yo!... (Todos le rodean dándole abrazos y apretones de manos.)

Láz. (Fingiendo gran emoción.) ¡Os sacrifico mi gloria!... ¡Y no olvideis que si vine aquí, fué sólo por ella! (Telón.)

FIN DEL JUGUETE

Obras de Emilio G. del Castillo

Duda cruel, monólogo. (Agotada.)
Lazo de unión, comedia en un acto. (Premiada en el concurso de «El Teatro».)
El intruso, comedia en cuatro actos, basada en la novela de Blasco Ibáñez.
Fenisa la Comedianta, zarzuela en un acto y dos cuadros, música de Rafael Calleja.
Las bandoleras, zarzuela cómica en un acto y cuatro cuadros, música de Tomás L. Torregrosa
Holmes y Raffles, fantasía melodramática con música de Pedro Badía.
La garra de Holmes, segunda parte de la anterior, música de Pedro Badía.
Cómo se ama, boceto de comedia en dos actos, original y en prosa.
¡Pícaro teléfono!, juguete cómico en un acto y en prosa.
El príncipe Sin-miedo, cuento de niños en dos actos, en verso, música de Vicente Lleó.
Sol y alegría, zarzuela en un acto y cuatro cuadros, música de Tomás L. Torregrosa.
Los segadores, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, música de Manuel Quislant.
Los talianos, astracanada en un acto y tres cuadros, en prosa, música de Joaquín Gené.
El bello Narciso, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, música de Ramón López-Montenegro.
Nacer de pie, comedia lírica en un acto y tres cuadros, en verso, música de Luis Foglietti.
La Hermana Piedad, comedia lírica en un acto y tres cuadros, en prosa, música de Quislant y Badía.
¡Eche usted señoras!, fantasía cómico-lírico-bailable en un acto, dividido en tres cuadros, música de Quislant y Badía.
Juan Sin Nombre, episodio lírico-dramático en un acto, dividido en un prólogo y cinco cuadros, música de Enrique Reñé.
Benítez, cobrador, humorada lírica en un acto, dividido en cinco cuadros, música de Quislant y Badía.

El amigo Nicolás, aventuras cómico-líricas en trece cuadros, en prosa, música de Quislant y Badía.

El dirigible, fantasía cómico-lírica en dos actos, divididos en seis cuadros, prosa y verso, música de Luna y Escobar.

Sangre y arena, zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, basada en la novela de Blasco Ibáñez, música de Luna y Marquina.

El Padre Augusto, comedia lírica en un acto, dividido en dos cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Quislant y Badía.

A fuerza de puños, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, música del maestro Arturo Saco del Valle.

Los espadachines, novela escénica en nueve cuadros.

La maja de los claveles, sainete de costumbres madrileñas de principios del siglo XIX, en un acto, dividido en dos cuadros, en verso, música del maestro Vicente Lleó.

La reina del Albaicín, zarzuela cómica en dos actos, divididos en seis cuadros, música del maestro Rafael Calleja.

El reino de los frescos, revista fantástica en cuatro cuadros y una apoteosis, en prosa y verso, original, música de los maestros Cayo Vela y Enrique Brú.

Princesita de ensueño, leyenda fantástica en un acto, música de M. Amenábar

La gloria del vencido, zarzuela en un acto y cuatro cuadros, música de Pablo Luna y M. Amenábar.

Eva, la niña de la fábrica, refundición en un acto de la opereta en tres actos de Franz Léhar.

¡Al fin solos!, opereta en tres actos de Franz Léhar.

La alegría de la casa, melodrama lírico en un acto y cuatro cuadros, música de Marquina y Morenilla.

Sybill, opereta en tres actos de Víctor Jacobi, adaptación de Pablo Luna

Poliche, traducción de la comedia en cuatro actos de Henry Bataille.

La pobrecita Dolores, humorada en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Pedro Badía.

Miss Cañamón, opereta en tres actos de Max Neal y Max Ferner, música de M. C. Ziehrer, adaptada al castellano en colaboración con Pedro Badía.

La señorita del cinematógrafo, opereta en tres actos de A. M. Willner y R. Buchbinder, música de Karl Weinberger, adaptada al castellano en colaboración con Pablo Luna.

Jack, opereta en tres actos, original de Max Brody y Franz Martos, música de Víctor Jacobi. Adaptación al castellano en colaboración con Pablo Luna.

El millón de pesos, viaje inverosimil en dos actos, divididos en ocho cuadros, original, música de los maestros Quislant y Badía.

Ministerio de estrellas, revista fantástica en un acto, dividido en un prólogo, tres cuadros y un intermedio, música de los maestros Quislant y Badía.

Las morenas y las rubias, pasatiempo en un acto, dividido en dos cuadros, música de Quislant y Badía.

El pícaro Segismundo, opereta en tres actos, música de Jean Gilbert.

A pie y sin dinero, viaje fantástico en un acto dividido en cuatro cuadros, música de los maestros Quislant y Badia.

El Torbellino, vodevil en tres actos, escrito sobre el pensamiento de una obra alemana, música de los maestros Quislant y Badía.

El Torbellino, arreglo del mismo *sin música*, para las compañías de verso.

El viaje de los Pinzones, viaje inverosímil en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de los maestros Quislant y Badía.

Las hijas de España, humorada en un acto, dividido en tres cuadros, música de los maestros Quislant y Badía.

El hombre de la montaña, juguete cómico en tres actos, escrito sobre el pensamiento de una obra extranjera.

Obras de José Pérez López

La despedida de un quinto, monólogo en prosa

El repatriado, monólogo en prosa.

Negocio redondo, juguete en un acto y en verso. (Agotada.)

El doctor maravilloso, comedia lírica en un acto y dos cuadros, refundición de la obra de Moratín *El médico á palos*, música de Foglietti y Quislant.

Rosiña, zarzuela dramática de costumbres gallegas, en un acto y tres cuadros, en prosa, original, música de Julio Cristóbal.

La ruada, zarzuela dramática de costumbres gallegas, en un acto y tres cuadros, en prosa, original, música de Pedro Badía. (Segunda edición.)

Vida bohemia, humorada cómico-lírica en un acto y tres cuadros, en prosa, original, música de José Fonrat.

La Hermana Piedad, comedia lírica en un acto y tres cuadros, en prosa y verso, original, música de los maestros Quislant y Badía. (Tercera edición.)

Los mil francos, zarzuela en un acto y cuatro cuadros, en prosa, inspirada en un cuento francés, música de los maestros Brú y Vela.

El reino de los frescos, revista fantástica en un acto, dividido en cuatro cuadros y una apoteosis, en prosa y verso, original, música de los maestros Cayo Vela y Enrique Brú.

El rata primero, película policiaca madrileña en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa, original, música de los maestros Cayo Vela y Enrique Brú.

Ideal-festín, zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, original, música del maestro Francisco Alonso y de Enrique García Álvarez.

El Sultán de la Persia, sainete madrileño en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, original, música de los maestros Francisco Alonso y Vicente Quirós.

La monja boba, melodrama en dos actos, original y en prosa.

El último suspiro, juguete cómico en un acto, original y en prosa.

El tío de las caídas, juguete cómico-lírico en un acto, dividido en dos cuadros, en prosa, música del maestro Francisco Alonso.

La línea de Cáceres, juguete cómico en dos actos, original y en prosa.

Los angelitos, boceto de sainete en medio acto y en prosa, original.

La buena madre, episodio militar en tres actos, en prosa, original.

La danza del oro, **La chismosa** y **Yo no soy yo**, monólogos en prosa.

Ministerio de estrellas, revista fantástica en un acto, dividido en un prólogo, tres cuadros y un intermedio, música de los maestros Quislant y Badía.

El hombre de la montaña, juguete cómico en tres actos y en prosa, inspirado en una obra extranjera.

Las flaquezas del prójimo, novela cómica de costumbres populares madrileñas, editado por «La novela cómica».

[illegible]

Precio: DOS pesetas